BRUGUERA

BOLSILIBROS

CONQUISTA ESPACIO

FUTURO

EMIGRACION AL TERROR

A. Thorkent

CIENCIA FICCION





EMIGRACION AL TERROR

A. Thorkent

CIENCIA FICCION


La conquista del
ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

668 — El tirano de Doklo - *Joseph Berna*.

669 — El ojo de Dios - Curtis *Garland*.

670 — En busca del dinosaurio perdido - *Adam Surray*.

671 — Objetivo: destruir el Sol - *Joseph Berna*.

672 — Los mercenarios de Whutoo - *A. Thorkent*.

A. THORKENT

EMIGRACION AL TERROR

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 673

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA BOGOTA BUENOS AIRES CARACAS MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 18.396 -1983

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: julio, 1983

2.ª edición en América: enero, 1984

Concedidos derechos exclusivos a favor

de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la

imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallés (N—152, Km 21.650) Barcelona — 1983

CAPITULO PRIMERO

Beta-Cástor se había llamado durante la guerra Sarkamat y allí se libró una de las batallas más cruentas que sostuvo la Superioridad contra la raza Mets, había acontecido cinco años atrás y todavía quedaban muchas señales de la lucha, que según las crónicas se desarrolló a lo largo de seis meses y marcó el principio del cese de las hostilidades.

El conflicto sostenido por la Superioridad durante diez lustros en cinco sectores galácticos requería, ahora en la paz, soluciones sociales y económicas.

En la Tierra se trazó un plan vasto y a largo plazo para la repoblación de muchos mundos que durante la guerra fueron asolados, sus poblaciones aniquiladas o forzadas a escapar a otras zonas donde la guerra no había llegado aún.

Alardeando de un esfuerzo titánico, la Superioridad inundó de propaganda todos los sistemas planetarios donde se asentaban miles de millones de seres fugitivos. De alguna manera quería que todos olvidasen que, a fin de cuentas, la guerra había sido provocada por el Gobierno de la Tierra y acababa cuando comprendió que no podía seguir adelante con ella amparándose en el engaño. La Superioridad pretendía recuperar su prestigio, acallar las protestas y seguir manteniéndose en el poder obtenido hacia dos siglos. En un gesto humanitario que engañaba a pocos, realizó un plan musitado y dispuso miles de grandes transportes al servicio de cuantos quisieran regresar a sus planetas o bien a otros donde se les prometía una vida en paz, con trabajo y amplios horizontes de prosperidad.

La antigua Sarkamat, ahora Beta Cástor, fue elegida, al igual que otros mundos, para servir de plataforma de partida de los grandes cargueros con destino a los planetas programados.

Las viejas y arrasadas ciudades se repararon con toda urgencia y los antiguos astropuertos militares se acondicionaron para recibir en sus pistas erosionadas a los monstruosos cargueros. Una prosperidad artificial llegó al mismo tiempo que millones de antiguos fugitivos, soldados licenciados, fascinerosos y familias que todavía eran capaces de suponer que sus penalidades habían finalizado.

En el astropuerto Sureste, situado a unos pocos kilómetros de una

ciudad que todavía ofrecía muchos rastros de ruinas, muñones de edificios ennegrecidos, permanecían en las pistas continuamente de quince a veinte transportes, que diariamente engullían en sus entrañas a cientos de colonos en potencia. Cada atardecer se elevaba rugiendo a las estrellas una de aquellas moles con destino a una estrella lejana. Al día siguiente llegaba otra nave similar para ocupar el puesto de la recién marchada.

A veces la confusión era enorme y se producían demoras, altercados y disputas entre los que esperaban y los funcionarios enviados por la Superioridad.

A Jack Ulang le habían asegurado algunos amigos que unos créditos entregados a tiempo le permitían embarcar lo antes posible.

La cuestión era conocer la persona idónea que debía recibidos para que la inversión fuera rentable. Si no actuaba con listeza podía ocurrir que algún listillo te timase como a un pardillo.

En la oficina de inmigración, Jack tanteó a varios tipos y se convenció muy pronto de que allí ninguno podía servirle. Buscó en la sede del gobierno de la Superioridad, preguntó y estuvo dos días recorriendo los pasillos, observándolo todo.

Unas pocas monedas de diez créditos te permitieron avanzar un poco en sus indagaciones. El receptor, un individuo de mirada huidiza y ligero temblor en su mentón hundido, le susurró, mientras se guardaba las monedas, que debía entrevistarse con el administrador adjunto. Dijo a Ulang el nombre y éste empezó a considerar que su inversión, la primera, no había sido muy acertada.

No tenía la menor intención de enfrentarse cara a cara con el segundo administrador, decidió mientras salía del edificio.

Pero otro día más, perdido como los anteriores, hizo que venciera el poco orgullo que le quedaba y regresó a la sede gubernamental, escribió en un impreso su pretensión de entrevistarse con el segundo administrador y devolvió el papel al conserje junto con veinte créditos.

Pese a la generosa propina, Jack tuvo que esperar dos horas hasta que el mismo conserje se dirigiera a él para susurrarle:

—Señor, el segundo administrador le espera. Sígame.

Y Jack le siguió a través de una sala donde docenas de personas esperaban y algunas, intuyendo a donde él se dirigía, le miraron con

profunda envidia.

El conserje caminaba delante de Jack, cojeando un poco y lanzando toses.

—Rastros de la guerra, señor —dijo como si tuviese necesidad de disculparse.

—¿Los mets? —preguntó Ulang.

—No. Combatí contra los harwuianos.

Jack asintió. Los conocía. Eran unos rudos guerreros que lucharon contra la Superioridad hasta perecer totalmente. Jamás pidieron cuartel. En la Tierra siempre se dijo que los harwuianos atacaron los primeros y nunca se mostraron inclinados a firmar la paz. Pero la realidad era otra, pensó Ulang. La Superioridad ocultó la realidad. Fue ella quien atacó el planeta poblado por aquellos seres espigados y orgullosos, de rostro plano y piel pálida, casi albina. Estorbaban para la expansión que tenía proyectada el Gobierno hacia el Tercer Círculo Galáctico. Esto era todo.

—¿Usted combatió, señor? —preguntó el conserje.

Jack se dio cuenta que le había repetido la pregunta. La primera vez, tan ensimismado estaba con sus pensamientos, no le había oído. De repente se puso tenso, palideció un poco y negó con la cabeza, añadiendo roncamente:

—No.

El hombre que le precedía volvió la cabeza para mirarle un poco extrañado, como si le costase comprender que Jack, debido a su edad y origen humano puro, no hubiera participado en la larga guerra de la Superioridad contra las razas humanoides.

Pero habían llegado ante una puerta, al otro lado debía estar el despacho del segundo administrador, y ya no tenía tiempo el conserje de hacer preguntas que satisfacieran su curiosidad.

—El señor Lewenguer le espera, señor Ulang —el empleado empujó la puerta y se echó a un lado, ahora excesivamente respetuoso, tal vez porque desde el otro lado podía verle su superior.

Ulang entró. Miraba el suelo alfombrado y se detuvo cuando comprendió que estaba muy cerca de la mesa. Sus manos temblaban ligeramente y ya estaba arrepintiéndose de haber llegado hasta allí.

Escuchó que alguien exclamaba:

—Jack —una pausa y luego, más fuerte—: ¡Jack Ulang!

Levantó la mirada y la cruzó con la de un hombre que estaba sentado detrás de la mesa de cristal. El segundo administrador debía tener la misma edad, más o menos, que Ulang, aunque no tenía blanco en los aladares como él ni tampoco sus profundas ojeras.

—Hola, Paul —saludó Jack con desgana, intentando reprimir sus repentinos deseos de escapar de allí.

El otro intentó sonreír y le salió una mueca indefinida. Parecía nervioso y dijo:

—Cuando leí la instancia pensé en ti, pero en seguida me dije que debía ser otro, con igual nombre que el tuyo.

—Seria demasiada coincidencia, ¿no?

—Sí, claro. Oh, perdona. Siéntate, por favor.

Le había señalado un asiento cercano, Jack se acomodó y con gesto envarado cruzó las piernas.

—Han pasado dos años desde que nos vimos por última vez, Jack —dijo Paul Lewenguer. Ahora sí consiguió sonreír de manera bastante natural.

Pero Jack seguía viéndole nervioso, incapaz de definir su comportamiento con él.

—Dos años y medio exactamente, Paul.

—Eso es. Dos años y medio. ¿Qué le pagaste a ese cuervo para que me entregara tu instancia?

—No merece la pena.

—Yo te habría recibido sin necesidad de darle nada...

—¿Crees que hubieras sabido que yo quería verte de no haberle gratificado?

—Tienes razón. Habría tardado días en saber que estabas en Sarkamat.

—¿Sarkamat? —ironizó Jack—. La Superioridad ha desterrado ese nombre, ¿no?

—A veces me olvido. ¿Cómo encuentras ahora Beta-Cástor?

—No sabría decírtelo. Nosotros estuvimos en el norte.

—Tienes razón. Me destinaron aquí cuando me licenciaron del EEA y debo admitir que siempre he argumentado alguna excusa para no ir más allá del ecuador. Me habría traído malos recuerdos.

Jack se encogió de hombros.

—Para mí es indiferente. Ahora todo me es igual.

—Jack, te veo cansado.

—Tengo motivos para estarlo, ¿no?

—Todavía no has digerido tu expulsión del Ejército Expedicionario de Asalto. ¿Por la paga a que tenías derecho como oficial licenciado?

Ulang crispó las manos.

—Paul, te ruego que no avives los rescoldos. Eso ya pasó. Aquí, en Sarkamat, me di cuenta de muchas cosas que pasaban, lo ruin que es la Superioridad, del gran engaño que tenía montado para seguir con la guerra adelante. Toda su economía estaba basada en la prolongación del conflicto.

—Ahora la crisis es enorme —asintió Paul.

—Intenta paliarla llevando a cabo un colosal movimiento de gentes, de un lado para otro de la galaxia que controla, ¿no es cierto?

—Yo dependo de ellos, Jack. No debo opinar. Mira, los tiempos son difíciles. Hay oídos por todas partes. Si supieran que yo critico la política actual de la Superioridad…

No acabó la frase y se limitó a señalarle con el dedo.

—Entiendo. Te pasaría como a mí.

Paul se encogió de hombros.

—Recuerda que yo no estaba en tu unidad cuando ocurrió tu problema con los jefes.

—¿Qué te dijeron?

—La versión oficial. Nada más.

Jack asintió. La versión oficial decía que él condujo a la muerte, por ineptitud y cobardía, a miles de soldados.

—¿La creíste? ¿La sigues creyendo? —preguntó secamente.

Paul bajó la mirada.

—Al principio, sí. En seguida, sin embargo, empecé a dudar. Ahora estoy seguro de que te tendieron una trampa para desacreditarte porque empezabas a ser un estorbo, debido a tus comentarios, para el Estado Mayor. La paz estaba próxima y usaron el desastre de tu unidad para expulsarte. ¿Quién iba a dar crédito a un cobarde que se había escondido mientras sus soldados morían?

—En Sarkamat supimos los dos que los mets no eran tan desalmados como la propaganda de la Superioridad pretendía hacer creer a todos los planetas que gobernaba.

Paul hizo un gesto para indicarle que callase.

—¿Acaso pueden oír estas paredes? —preguntó Jack.

—No lo creo, pero es mejor no remover el pasado —Paul cruzó los dedos y se inclinó sobre la mesa—. Dime, Jack, ¿qué puedo hacer por ti?

Ulang entornó los ojos y pensó si no sería mejor decir que sólo había querido entrar para saludarle. Tal mentira no iba a ser creída, desde luego, por Lewenguer. Pero tendría que admitirla.

Sin embargo, estaba agotado y desesperado. Tragándose su orgullo, dijo:

—Quiero embarcarme en la primera nave que despegue hacia el Quinto Círculo. Me han dicho que allí se puede elegir un buen planeta.

—Por supuesto que puedo hacer algo por ti. La lista de espera es larga y esa zona es la preferida por muchos. La mayoría no puede elegir. De todas formas...

—¿Algún inconveniente? —preguntó Jack haciendo intención de levantarse—. No quiero causarte problemas. Sólo eres el segundo administrador.

Recordó que cuando le informaron del nombre del segundo administrador salió del edificio a toda prisa. Volver a ver a un antiguo compañero de armas era lo que menos deseaba, sobre todo a Paul.

Había sido su amigo pero tenía en su corazón el resquemor de que cuando se produjo su expulsión del EEA hizo lo posible para eludir el encuentro.

—La guerra terminó, Jack —dijo Paul lentamente—. Los estigmas que cada uno ha soportado deben ser borrados, los cuerdos sumergidos en el olvido. Es mejor así. ¿Qué planeta has elegido?

—Me han hablado de uno llamado Walkar. No sé mucho de él.

—Tengo entendido que es tipo Tierra en un noventa por ciento, aunque algo cálido.

—Me asusta el frío. Lo prefiero a otros, Paul.

—El transporte hacia Walkar sale dentro de dos días. Haré todo lo posible por encontrarte un pasaje. Y no me hables de dinero porque ya sabes que la Superioridad corre con todos los gastos. ¿Te resultó difícil llegar hasta Beta-Cástor?

Jack Ulang apretó los labios. Le resultaba penoso rara su dignidad cuando recordaba las peripecias y humillaciones que tuvo que padecer para llegar hasta allí.

—No. Todo fue sencillo. Tenía algún dinero guardado.

—Me alegro. No todo el mundo puede acogerse a los privilegios del proyecto para alcanzar algún planeta-base. Dime dónde te alojas y te enviaré allí la documentación cuando la tenga lista. Te prometo que tendrás noticias mías mañana, como muy tarde.

Ulang le dio el nombre de su residencia.

—No es un buen lugar —comentó Lewenguer.

—La ciudad está atestada de inmigrantes. Hay gente que duerme en las calles.

—Lo sé. Debí recordarlo.

Se produjo un silencio. Ambos amigos se miraron frente a frente, Paul se turbó el primero, sonrió y dijo:

—¿Qué pretendes, Jack? ¿Puedes decírmelo?

—Es bien sencillo. Quiero una nueva vida, un lugar donde nadie adivine que una vez vestí el uniforme del EEA. Ahora no resulta ningún honor, y mucho menos para alguien que fue expulsado.

—En Walkar tendrás posibilidades. Te deseo suerte. Se levantaron y Paul extendió su mano, que Jack estrechó con fuerza.

—Gracias —dijo costándole un gran esfuerzo.

CAPITULO II

Estuvo todo el día ocupado comprando algunas cosas que pensó iba a necesitar. Adquirió otra maleta, más fuerte que la ya desvencijada con la que arribó a Beta-Cástor, algo de ropa interior, servicio de aseo, un poco de comida concentrada y utensilios que estimó le serían vitales en Walkar, en donde al principio no sería fácil proveerse de muchas cosas.

Regresó al destartalado edificio donde tenía alquilado, por un precio muy alto, una habitación poco ventilada. Dejó las compras, confiando que al volver estuviera todo allí. Los ladrones pululaban y no se fiaba mucho de la vieja cerradura de la puerta.

Volvió al centro comercial de la ciudad y otra vez fue preguntando por aquí y allá, hasta que un mercenario con visibles rastros de heridas mal curadas en su rostro le confió a cambio de unos créditos, quien le podía facilitar lo que iba buscando.

Jack encontró al proveedor, un hombre pequeño y grueso. Ocupaba una mesa apartada en una taberna, sin prestar atención al espectáculo que se desarrollaba en el centro. La parodia de orgía zoofilica parecía interesarle poco, dedicando toda su atención a la botella de licor que ya tenía consumida por la mitad.

—¿Gromer? —preguntó Jack después de carraspear para llamar su atención.

—Yo soy Gromer —dijo el otro sin levantar la mirada, muy ocupado en llenar el vaso con el licor de la botella.

Hasta Jack llegó el olor del brebaje y comprendió que era una bebida compuesta de drogas alucinantes. Por supuesto que no sería invitado por Gromer a compartirla.

—¿Qué quiere?

Jack arrimó una silla y se sentó junto a la mesa. Sacó la mano del bolsillo y puso delante de Gromer un montón de monedas, diciendo:

—Son doscientos créditos. Me ha asegurado alguien que por este dinero puede facilitarme una portátil en buen uso.

Gromer bebió un sorbo, sus ojos bailotearon, sonrió y dijo con tono de burla:

—¿Piensa ir de caza?

—Adonde voy no le interesa.

—Tiene razón. Puedo darle una pistola muy eficaz, un láser de media potencia, pequeño y fácil de ocultar cuando entre en la nave.

—¿Por qué supone que voy a embarcarme?

—Casi todo el mundo que está en Beta-Cástor lo desea. Son pocos, como yo, que están aquí ganándose la vida a costa del ansia de la mayoría por escapar a unos planetas que se imaginan mejores que éste. Allá ustedes. Ah, el precio es doscientos cincuenta.

Jack sacó la cantidad que faltaba.

—Démela.

—Eh, despacio. Yo no llevo esas cosas encima. La policía no es muy estricta en esta ciudad, pero no tolera armas. Tenga. Vaya a esta dirección y mi almacenista se la dará.

Gromer garabateó algo en un papel bastante arrugado, hizo una bolita al terminar y lo puso en la palma de la mano de Jack. A continuación arrastró las monedas hacia sí y empezó a contarlas.

—¿Cómo voy a estar seguro de que tendré la pistola?

—Tiene la palabra de Gromer, amigo.

—Si intenta engañarme volveré y le romperé la cara —prometió Jack.

Gromer se encogió de hombros.

—Siempre estoy en este local. Verá como no le engaño.

Gromer no le engañó. Jack obtuvo su pistola. El llamado almacenista resultó ser una mujer de enorme estatura que se la entregó a cambio del papel arrugado. Le aseguró que era una magnífica compra y le pidió que se olvidase de ella y de la dirección de su casa.

Ulang compró algunos alimentos y volvió a su habitación. Se tranquilizó al ver que sus pertenencias no habían sido tocadas. Comió algo y luego se tumbó en la cama y pretendió dormir.

Lo consiguió muy de madrugada y tuvo pesadillas. Despertó sudoroso cuando el sol arrasaba con fuerza la ciudad y penetraba violentamente por la ventana de su cuarto.

Escuchó que llamaban a la puerta.

Instintivamente, Jack amartilló la pistola y abrió la puerta.

Paul Lewenguer estaba en el pasillo, tuvo tiempo de ver el arma antes de que Jack la ocultase y comentó:

—¿Esperabas un ladrón?

—Pasa. A quien no esperaba era a ti. Entendí que enviarías a un empleado con la documentación.

Lewenguer esperó a que su amigo cerrase la puerta, y viendo en éste un gesto de impaciencia, se apresuró a calmarle, diciéndole:

—No ha habido problemas, al menos que no pudiera solucionar ayer. Toma —Le entregó un sobre algo abultado—. Está todo en regla. Tendrás camarote en el Walkar, aunque lo compartirás con otra persona —sonrió intentando ser gracioso al añadir—: Creo que es un hombre. No pude conseguir que fuera una mujer agraciada.

—¿Por qué te has molestado en traerlo tú? —preguntó Jack, echando un vistazo al contenido del sobre. Todo parecía en regla—. Este barrio no es de tu agrado.

—Todavía estás a tiempo de cancelar tu proyecto, Jack.

—¿A qué viene esto?

Paul buscó un sitio donde sentarse y acabó haciéndolo en la cama deshecha.

—Debo suponer que tú sabes que los planes de la Superioridad respecto a la colonización de los planetas que sufrieron en la guerra o fueron abandonados, no se deben a un afán generoso.

—Siempre lo he pensado así.

—Quiero decir que en Walkar, pese a ser uno de los mejores planetas de la lista, las cosas serán difíciles. Los miles de colonos que llevaran allí unas docenas de transportes encontraran mucho trabajo y poca ayuda posterior por parte de la Superioridad.

Jack agitó el sobre y miró a su amigo.

—¿Qué alternativa me sugieres?

—Podrías esperar un tiempo en Beta-Cástor.

—¿Qué?

—Esta furia migratoria no durará mucho. En cualquier momento la Superioridad puede cancelar los planes, cuando crea que ha calmado a la muchedumbre.

—¿Y entonces...?

—Esto se despoblará, levantaremos las oficinas y yo seré destinado a otra parte.

—¿Qué pinto yo?

—Jack, tengo planes. Quiero montar un negocio de transportes. Dispongo de unos amigos que pondrán el capital para adquirir unas naves a bajo precio. Cuando el Gobierno dé carpetazo al proyecto, tendremos a nuestra disposición a millones de seres que querrán salir a toda costa de los mundos-base, regresar a donde salieron.

—Parece un negocio sucio.

—Es un negocio, simplemente. Si no lo hacemos nosotros lo harán otros. Tengo informes dignos de crédito de que será así.

—¿Que haría yo en medio de tus planes?

—Cada transporte dispondrá de un equipo de seguridad, de guardias armados para mantener el orden entre el pasaje. Tú podrías ser el jefe de uno de ellos, para empezar, claro.

Jack se guardó el sobre. En su rostro había una sombra de falsa indiferencia que apenas podía ocultar su sensación de asco.

—Me seduce más la idea de convertirme en agricultor o mecánico de tractores en Walkar. Supongo que, al menos, la Superioridad no cancelará mi vuelo.

—No me has entendido o no quieres entenderme. No será en seguida, sino dentro de algunas semanas o meses. Te ofrezco la oportunidad de ganar dinero, el suficiente para comprar a los ejecutivos de la Tierra para que el nombre de Jack Ulang y tu código, todo, sea borrado y se te confiera una nueva identidad. Podrás elegir los antecedentes que desees, tener el pasado que más te habría gustado poseer...

Ulang movió la cabeza de un lado para otro.

—No, Paul. Te agradezco el favor que me haces permitiéndome marchar de Sarkamat; pero no deseo convertirme en el guardián de una multitud furiosa y hambrienta que llenará las bodegas de unas

naves viejas. He visto el transporte que me conducirá a Walkar y no está mal del todo. Será un viaje soportable, creo. De lo que estoy seguro es que esos cargueros que piensas comprar junto con tus amigos serán detestables

Paul se incorporó. En sus ojos brillaba bastante e desencanto que la negativa de Jack le producía, quier por un momento temió que se lo echase en cara. Pero Paul se alivió con una sonrisa y dijo:

—Como quieras. Si deseas rectificar tienes tiempo hasta que tu nave parta mañana a primera hora. Ah deberás embarcar, si no cambias, esta misma noche. Luego seria tarde.

—Creo que esta noche dormiré en mi camarote de la nave. Gracias, Paul.

Le tendió la mano y Lewenguer la miró un momento, dudó en estrecharla pero acabó haciéndolo, aunque con escaso entusiasmo.

—Te enviaré noticias mías desde Walkar, Paul —prometió Jack.

—Está bien, como quieras.

Le abrió la puerta y salió al pasillo, desde donde le llegaron a Jack el escándalo, que no cesaba en todo el día, de los niños de las familias que ocupaban las habitaciones cercanas.

Ulang quedó junto a la puerta hasta que las pisadas de Paul se alejaron. Cerró la puerta y se sentó en la cama, en el mismo sitio que ocupó Paul. Notó el calor dejado por el cuerpo de su amigo.

Revisó ahora, despacio, los documentos. Su nave, como ya lo había leído, era la *Guardiana*, con capacidad para dos mil pasajeros, con una tripulación de cien hombres. Estaba bajo el mando del capitán Skefold.

Precisamente, el día anterior, durante sus compras había adquirido un folleto donde estaban relacionados todos los programas de vuelo para las siguientes cinco semanas.

Encendió un cigarrillo de Marihuana y fumó despacio.

Resultaban prohibitivos en Beta-castor y tal vez sería el último que iba a llevarse a los labios en mucho tiempo.

Pensó en Paul Lewenguer y sus proyectos. Empezaba a comprender el motivo que había tenido éste para reptar un puesto oficial en un planeta como aquél. Sencillamente, aguardaba su

momento para emprender el gran negocio de su vida. Desde el edificio de la sede gubernamental podía enterarse antes que nadie, gracias a su cargo, cuando la Superioridad diese por terminado el proyecto de emigración.

Aunque tenía que estar agradecido a Paul por sacarle de Beta-Cástor tan pronto, se sentía algo molesto por deberle el favor. Tenía la ventaja de que no volvería a verlo y, por lo tanto, quedaría libre de toda obligación de devolvérselo.

Empezó a notar su estado de ánimo más eufórico y trazó una sonrisa, que vio reflejada en el cristal de la ventana. Frunció el ceño. La cara trazada, la suya, en la superficie sucia, le desagradó. Todo lo suyo, en realidad, le desagradaba desde hacía tiempo.

Consumió el cigarrillo todo cuanto pudo y tiró el minúsculo resto a un rincón. Salió a la calle para comer algo. Apenas tenía apetito y tragó con dificultad un emparedado de carne de soja, unas verduras insípidas y una pinta de vino agridulce.

Después caminó un rato y regresó al edificio dando un pequeño rodeo. Era mediodía, pero debía darse prisa para estar en el astropuerto antes del anochecer.

Durante el recorrido rechazó los servicios de dos prostitutas y un jovencito que se le insinuó desde una esquina.

Todavía con restos de la marihuana en su mente, anduvo con postura despectiva. Experimentaba cierta fuerza sintiendo en su mano metida en el bolsillo el contacto frío de la pistola.

Una vez en su cuarto procedió a desarmarla. Distribuyó las piezas entre su equipaje y se guardó en su chaquetón el cilindro de energía, que comprobó estaba cargado al máximo.

Comprendía que podía sufrir una severa inspección al subir a bordo de la *Guardiana*, pero confiaba que la pistola desarmada no seria descubierta por los detecto res que esperaba le escrutarían en la entrada.

Cerró bien la maleta y echó una mirada postrera al cuarto que había sido su hogar durante varios días. No iba a echarlo de menos.

De nuevo en la calle intentó localizar un vehículo de alquiler. Seguramente en Walkar no iba a servirle de mucho su dinero. Podía gastarse unos créditos más en viajar cómodamente hasta el astropuerto. Le fastidiaban los renqueantes autobuses públicos.

Detuvo un coche haciendo la señal consabida. Había estado volando a poca altura e hizo sonar su sirena para apartar a los transeúntes.

Jack entró y dijo al conductor

—Al astropuerto.

—La carrera será treinta créditos.

Pese a su propósito de no usar el autobús público, Jack estuvo tentado de bajarse ante semejante cifra.

—¿No es demasiado?

—Está incluido el retorno.

—Puede regresar con pasajeros.

—Eso no lo sabrá usted, amigo. Mire, para no discutir se lo dejo en veinticinco créditos. Si no le gusta, bájese y corra el riesgo de llegar tarde. Los autobuses son lentos.

Jack dio su conformidad y también el dinero. Pago por anticipado. El conductor elevó el vehículo y el pasajero, ante los bamboleos que sufrió, temió que fuese a caer sobre la calle.

Pero resistió y pronto dejaron atrás la abigarrada ciudad y sus luces macilentas que empezaban a encenderse.

Diez minutos más tarde llegaban al astropuerto. Jack se marchó sin decir una palabra al hosco conductor. Entró en el vestíbulo, pasando por entre una pareja de guardias embutidos en sus equipos antidisturbios. Si en la ciudad la policía permitía ciertas licencias a los elementos más conflictivos, en el recinto estelar no toleraban ningún desafuero.

Jack notó un ligero mareo al encontrarse en medio de tanta gente, de familias que iban de un lado para otro. Le atronaron los altavoces que anunciaban noticias sin cesar, exigiendo que tal o cual grupo se dirigiese a una zona u otra de las instalaciones.

Sabía lo que tenía que hacer y se encaminó a la sección sanitaria. Allí mostró el certificado médico que garantizaba su buen estado de salud, documento que estaba entre los papeles que le había suministrado Lewenguer. Jack jamás pasó tal revisión. En Beta-Cástor la corrupción debía ser moneda de cambio.

Cuando sudó un poco fue al cruzar la aduana. Escuchó el chirriar de los detectores y el tiempo se le eternizó. Casi no escuchó una voz que le dijo, apremiante, que siguiera adelante. Resopló aliviado cuando se encontró en el túnel subterráneo por donde caminaban muchas personas de todas las edades. Eran sus compañeros de viaje hacia Walkar.

Todavía quedaba la inspección de la nave, pero ya ésta no le preocupaba tanto. Allí no serían tan severos.

Efectivamente, los oficiales se limitaron a comprobar las identidades de los pasajeros, nada de detección que pudiera delatar la presencia de una pistola despiezada.

La nave era un transporte de guerra acondicionada, grande y algo tétrica en sus pasillos. Pese a estar bien señalizada, a Jack le costó encontrar su camarote. Ahora pensó que tenía que compartirlo y se preguntó quién sería su compañero.

Lo encontró vacío, pero la alacena estaba medio llena. Quien fuera, pensó, debía estar dando un paseo para familiarizarse con la nave, o al menos con una pequeña parte de ella, ya que recorrerla toda requería algunos días.

CAPITULO III

Jack conoció a su compañero de camarote una hora antes de la partida. Al principio no supo si alegrarse o no. Se trataba de un hombre mayor, casi viejo. Entró caminando algo encorvado y le dirigió un saludo escueto. Se marchó en seguida y no regresó hasta que la sirena y las luces rojas avisaron del despegue inminente. Entonces se tumbó en su litera y empezó a leer un libro de tapas ajadas.

La salida de Beta-Cástor no fue tan violenta como temo Jack dada la antigüedad de la nave. Una hora más tarde debían estar muy próximos a alcanzar la velocidad de la luz, calculó percibiendo la vibración cada vez más tenue

La entrada en el hiperespacio fue anunciada mediante el cambio de color de las luces.

—Me llamo Harding, doctor Harding —dijo a Jack su compañero de camarote, sorprendiéndolo por su inesperada presentación.

Se volvió y encontró al viejo que seguía leyendo.

—Me llamo Jack Ulang —dijo sentándose en la litera.

—Espero que nos llevemos bien. No ronco en absoluto y soy muy aseado. Obviamente, a mi edad no me apetece nada sino leer y descansar. Se lo digo por si teme que sea un viejo a quien le gustan los hombres. Antes me apetecían las mujeres, pero ahora prefiero la tranquilidad. Por lo tanto, no traeré ninguna a este camarote. Si usted desea hacerlo, deberá advertirme con antelación. Seré condescendiente, excepto en horas de descanso nocturno y no por más de dos horas.

Jack se quedó con la boca abierta y casi estalló en carcajadas.

—¿Debo ahora decirle cuáles son mis manías, señor Harding? —preguntó.

—Me es igual mientras no se interfiera en mis sesiones de lectura respondió el viejo cerrando el libro después de colocar una marca entre las hojas donde dejaba la lectura—. Mi vicio es leer, joven. Gasté mi último dinero el Lira IV, todo en libros antiguos, impresos en papel. Allí encontré un chiflado que quería quemarlos para calentarse un caldo, pero el muy granuja se dio cuenta de mi ansiedad y me sacó hasta el último crédito. Admito que no sé regatear.

—Jamás he leído en un libro.

—Es como palpar directamente la vieja historia, se siente una emoción única.

Curioso, Jack se aproximó para verlo mejor. Hardin se lo colocó entre las manos.

—*Historia del Gran Imperio* —leyó Jack en la cubierta de grueso plástico. Pasó las páginas con cuidado, como si temiera fuesen a romperse en pedazos—. No puede ser de aquella época.

—Claro que no. Sólo tiene unos cien años. Hay un planeta donde todavía se editan. Por supuesto que usan un papel especial y ya no los encuadernan en piel y cartón. Pero es lo máximo que se puede encontrar. Así y todo son muy apreciados. ¿Conoce usted algo respecto al Gran Imperio? Fue una época atrayente y sangrienta a la vez.

—Algo, no mucho —confesó Jack regresando a su cama y usándola como asiento. En el reducido camarote no existía una sola silla.

—La tierra tuvo sus ciclos históricos, que luego se transformaron en estelares. El más importante fue el llamado Pequeño Imperio y luego el Gran Imperio, más tarde la época de la Oscuridad con la disgregación de los mundos, el olvido para muchos. Surgió a continuación el Orden Estelar y el esplendor regresó por un tiempo muy dilatado —el viejo meneó la cabeza—. Estoy seguro que fue lo mejor para la Humanidad. Pero nada es eterno y se creó un monstruo llamado la superioridad.

—No debe arriesgarse a hablar mal de la Superioridad sin estar seguro que callará quien le escuche.

Harding sonrió tristemente.

—¿Qué puedo temer a bordo de una nave que dejará su cargamento de desesperados en un lejano mundo? La Superioridad se olvidará de nosotros en Walkar —miró a Jack—. ¿Me denunciará usted?

—¿Qué conseguiría?

—En un principio me imaginé que era un veterano, pero luego me dije que no podía ser. La Superioridad ha recompensado a sus oficiales al acabar la guerra, tal vez porque piensa que no está muy lejos el momento en que volverá a llamarlos. Los períodos de paz sólo son pausas para preparar nuevas guerras.

—No es usted muy optimista.

—Mis años me impiden serlo, joven.

—Yo no soy tan joven.

—Me gustaría preguntarle cuál es su oficio y en qué piensa gastar sus años cuando estemos en Walkar. Oh, no me lo diga si no quiere hacerlo. Soy doctor en medicina, señor Ulang.

—Tendrá trabajo en Walkar, sin duda.

—Quizá. He estudiado ese planeta y dispongo de algunos conocimientos. No creo que tengamos que enfrentarnos a plagas mortales, pero de todas formas voy prevenido.

—¿De qué huye, doctor?

La pregunta, inesperada para el viejo, le dejó turbado. Jugueteó con el libro y respondió inseguro:

—Ofrecí mis servicios al administrador de Beta-Cástor y éste allanó las dificultades que entorpecían mi acceso a la *Guadiana*, subvencionando incluso los gastos de un equipo médico que permanece embalado en la bodega. —El viejo sonrió—: También me pregunto de qué escapa usted, señor Ulang.

—Olvidemos el pasado. Quiero vivir en paz en un mundo donde no desciendan naves y oiga hablar de la Superioridad.

—Lo suponía — murmuró enigmáticamente el viejo—. Le ruego que me disculpe. Deseo continuar la lectura.

Despacio, Harding volvió la espalda a Jack y se acomodó en la litera, abrió el libro y empezó a leer o simuló enfrascarse en la lectura.

Un poco perplejo, Harding lanzó un ronquido y se incorporó. Se dirigió a la puerta y, después de mirar al viejo, salió al corredor, que encontró algo concurrido. Los pasajeros deseaban desentumecer las piernas.

A los dos días de viaje, Jack empezó a aburrirse. Las comidas en las grandes salas que se usaban como comedor resultaban momentos escandalosos. Aunque no había niños muy pequeños, los muchachos y muchachas solían gritar al hablar y el ruido era ensordecedor. Sus padres o tutores poco hacían para calmarlos.

No toda la gran parte del pasaje estaba compuesta por familias,

había muchos hombres y mujeres que viajaban solos. Los primeros empezaron a formar pandillas y las últimas, para matar el tedio, organizaban bailes a lo que invitaban a los solteros, o bien se dedicaban a ofrecer sus encantos, por algún dinero, a los maridos cuando sus esposas dormían.

Una semana más tarde el capitán se vio en la necesidad de aplicar las normas de higiene y disciplina. Lo hizo usando las parejas de guardias, quienes armados con porras eléctricas repartieron más de un golpe sobre las espaldas de los más díscolos.

Aunque el licor estaba prohibido, de alguna forma casi milagrosa corría en abundancia, cotizándose a precio elevado. El doctor Harding dijo a Jack que debía existir una destilería clandestina a bordo, aunque no lograba comprender de dónde se obtenía la materia prima. Un día después añadió que posiblemente algunos oficiales estaban implicados y eran los encargados de sacar el arroz y la caña de azúcar de los campos hidropónicos.

—¿Por qué no el capitán? —preguntó Ulang.

—El capitán Skefold es un hombre honesto —afirmó el viejo. Jack conoció a Skefold. Ocurrió en el décimo día de navegación, y de la manera menos cordial.

El capitán le llamó a su despacho y Jack acudió allí lleno de curiosidad.

—¿Qué desea de mí, señor? —preguntó cuando estuvo delante del capitán.

Secamente, Skefold le dijo:

—Sé quién es usted y lamento tenerle a bordo.

Jack no esperaba aquello y empezó a temblar de rabia. Apretó los puños e inquirió:

—¿Cómo lo ha sabido? —No tenía la menor intención de defenderse, de proclamar su inocencia. ¿Para qué perder el tiempo?

Skefold parecía ser un hombre demasiado apegado al honor, un fanático de la honradez. Tal vez fue antes oficial del EEA y le costaba muchos esfuerzos ocultar su repugnancia por quien había sido expulsado acusado de ineptitud y cobardía.

—Llevo dos días repasando la lista de mis pasajeros Además de usted he localizado a tres oficiales que no acabaron gloriosamente la

guerra. No pienso decirle quiénes son. Seguramente no podrá reconocerlos y eso será mejor.

—¿Para qué me ha llamado en realidad?

—Deseo advertirle que no toleraré que diga a nadie lo que ha sido, señor Ulang. El pasaje está compuesto por gente muy variopinta. Me temo que muchos odian a la Superioridad y cuantos forman parte de sus ejércitos.

—No pensaba contarlo a nadie.

—Eso suponía, pero quería estar seguro.

—Sigo sin explicarme cómo ha sabido que fui expulsado.

—Yo no he dicho eso.

—Se refirió a que no acabé la guerra con gloria.

—Así es. Bien, Ulang. En realidad sé lo que hizo. Dispongo en esta cabina de un resumen de los últimos años de la guerra. Una extensa lista programada en un banco de memoria me dio su nombre. Sólo deseo advertirle que no toleraré altercados.

—Ahora no le entiendo, señor.

—¿Acaso ignora que se - ha formado a bordo una especie de banda que explota la prostitución de algunas mujeres y chicos jóvenes, además del licor que se consume a escondidas?

—Ya. Y usted ha supuesto que yo pertenezco a ella.

—No le acusaré sin pruebas, pero quería advertirle. Esta nave sólo se detendrá en la Estación Lew-Ceti para repostar. No es mi intención entregar a nadie a las autoridades. ¿Me entiendes?

Jack lo comprendía perfectamente. Si era entregado en Lew-Ceti no saldría de allí. Quien estuviera al mando de la vieja base de guerra, ahora centro de avituallamiento para la emigración del Quinto Círculo, se limitaría a asegurar a Skefold que entregaría al prisionero a la Superioridad; pero ordenaría su lanzamiento al espacio apenas se alejase la *Guardiana*.

Reprimiendo como mejor podía su ira, Jack preguntó:

—¿Algo más?

—No, señor Ulang. Usted fue capitán del EEA y espero que

todavía guarde un poco de honor, del honor que recibió al mismo tiempo que el uniforme.

Jack movió la cabeza. Aquel tipo era un paranoico, un obcecado por la disciplina y el honor. Un extraño ser que parecía sacado del pasado. Vivía en una realidad distinta, en un sueño particular del que no quería salir, tal vez para no enfrentarse al mundo auténtico que su subconsciente repudiaba.

—Capitán Skefold, ¿qué hubiera hecho usted si a bordo viajaran mercenarios? Ya sabe a qué me refiero, esos humanoides que en lugar de luchar contra la Superioridad fueron obligados a engrosar sus filas, formando un grupo aparte del Ejército Expedicionario de Asalto?

El rostro de Skefold se tornó rojizo.

—¿Pretende burlarse?

—Me he limitado a formular una pregunta.

—Retírese antes de que reconsidere mi actitud y ordene que sea encerrado, capitán Ulang.

—Está bien, señor, pero recuerde que ya no soy capitán.

Un poco más reconfortado por haber enfurecido al jefe de la nave, Jack salió de la cabina y se alejó rápidamente del nivel de los oficiales.

Aquella noche adquirió una botella de licor y se emborrachó.

* * *

Al día siguiente, después de librarse de la resaca y prometerse a sí mismo que no volvería a beber más aquel brebaje infernal que podía matarlo envenenándolo, Jack se propuso aguantar lo mejor posible los quince días que faltaban para llegar a Walkar. Antes entrarían en la estación Lew-Ceti, por lo que tendría que observar una esmerada conducta para no levantar más la animosidad que el capitán Skefold ya sentía hacia él.

Aquella tarde, después de la comida, paseando por uno de los interminables corredores, mal alumbrados como todos, conoció a Olga.

Ella estaba sentada sobre unos tubos y fumaba un cigarrillo de

marihuana, o a él le pareció por el olor que era marihuana. Se sentó a su lado y le dijo:

—Puedo comprarte lo que te queda por veinte créditos. Es todo cuanto poseo.

Olga le minó, dijo cómo se llamaba, le sonrió y le entregó un cigarrillo que sacó del bolsillo de su camisa.

—Te lo regalo.

—Debes tener muchos.

—Algo.

Después de encenderlo, Jack dijo mirando la nube de humo que arrojó sin mucha fuerza, para que no se alejase de su nariz:

—¿No hay algún motivo especial que justifique tu generosidad conmigo? Si tienes más cigarrillos podrías venderlos a buen precio. Te los quitarían de las manos.

—¿Para qué quiero dinero? Sé que en Walkar no servirán para nada los créditos. Allí se implantará un nuevo sistema económico. Es decir, ya está establecido por los que han llegado, según tengo entendido.

—Pero se te acabarán, si sigues siendo tan espléndida.

Jack la minó por primera vez con detenimiento, y la encontró bonita. Debía tener casi treinta años y sus ojos poseían cierta dureza. También su cuerpo era atractivo. Se preguntó quién sería su compañero.

—Llevo unas semillas. En Walkar dispondré de una buena cosecha en poco tiempo.

—Entonces te ayudaré a plantarla con la condición de que pagues con hierba.

Ella rió, él acabó el cigarrillo y le propuso pasar un rato en su camarote. La invitó sin mucha convicción, esperando una negativa y la aclaración de que tenía con quien dormir. Pero Olga le sorprendió una vez más al responder

—Está bien. ¿Sin compañero? ¿Tienes un camarote para, ti solo?

Jack reaccionó un poco tardíamente, y confundido respondió:

—No, pero hemos llegado a un acuerdo. Si le aviso nos dejara solos un par de horas.

Ella suspiró y se agarró de su brazo.

—Magnífico. Comparto un camarote con tres viejas que sólo saben dormir y roncar.

CAPITULO IV

—Parece que hoy se retrasa algo más el señor Harding —dijo Olga ajustándose la blusa.

Desde la cama, donde fumaba un cigarrillo, Ulang respondió:

—Mejor así. Hoy hemos rebasado el tiempo que él nos concede.

—Es un buen tipo el doctor —sonrió ella.

—Desde luego —Jack arrugó el ceño—. De todas formas parece que hoy tenía que hacer algo.

—¿Qué puede hacer en esta nave? La tripulación cuenta con su médico.

—Tal vez esté atendiendo algún enfermo, un pasajero.

—El reglamento exige que sea el médico de a bordo quien se ocupe de ellos. Yo vi a Hardin cuando venía hacia aquí, Jack. Tuve que saludarlo para que me viese. Me respondió muy distraído. Ah, y le acompañaba un oficial.

—Eso sí que es extraño —dijo Jack. Pensó que cuando el capitán Skefold mandaba a buscar a un pasajero no era nada bueno para éste. Recordó la desagradable visita que mantuvo con él tres días antes.

—Bien, me marcho. Volveré a soportar a mis compañeros de camarote.

Jack se levantó y la tomó por la cintura. La besó despacio. Ella se rió un poco y se apartó con delicadeza.

—Ya está bien, ¿no?

—¿Volverás mañana?

—Es posible. Temo que estamos abusando un poco del doctor.

—Oh, no. El me ha asegurado que le gusta pasear por ahí de vez en cuando. Al parecer ha entablado amistad con el médico oficial, el doctor Buster.

Se abrió la puerta del camarote y entró Harding. Parecía más encorvado que nunca. Alzó la mirada y saludó:

—Hola, Olga —miró su reloj, un poco sonrojado—. Por un momento temí que hubiera vuelto pronto.

—Hola, doc —sonrió la mujer—. Ya me marchaba. Y no se inquiete. Hoy se ha retrasado.

—¿Ocurre algo. Harding? —preguntó Jack notando la seriedad que ensombrecía el rostro del doctor.

— No, nada —respondió sentándose pesadamente en la cama.

—Nos veremos otro día, doc —dijo Olga antes de salir del camarote.

—Sí, claro.

Jack se sentó al lado de Harding.

—¿Puedo preguntarte qué te ocurre? Es fácil imaginar que ese capitán ha sido muy desagradable contigo.

—¿Por qué supones que he visto al capitán? —preguntó Harding girando la cabeza, sorprendido.

—Un oficial le condujo ante él hace unas horas, ¿no?

—Entiendo. Olga me vio con él. Bueno, sí, yo iba a ver al capitán; pero no Se trataba de nada desagradable, al menos que me involucrase a mí. También estaba el doctor Buster.

—Debe pasar algo.

—Sí, pero no sé si debo decírtelo.

—¿No confías en mi?

—Debes prometerme que no dirás nada a nadie, ni siquiera a Olga.

—Tienes mi palabra.

Harding se pasó la mano por la cara y la retiró impregnada de sudor. Apartó la mirada de Jack y dijo mirando a un punto indefinido del camarote:

—En el décimo nivel se ha producido el comienzo de una enfermedad. Tal vez sea una epidemia.

Jack palideció. Era de esperar. El control sanitario de la Superioridad en Beta-Cástor dejaba mucho que desear. Recordó que él mismo usaba un certificado médico falso.

—¿Es grave? —preguntó.

—No lo creo. Al menos todavía no podemos dar un dictamen seguro. Se trata de unas cuarenta personas que empezaron teniendo fiebre alta. Buster y yo las hemos examinado. Maldita sea, Jack, los medios que cuenta esta nave son asquerosos. No podremos saber nada hasta dentro de dos días.

—Para entonces ya estaremos en la estación Lew- Ceti.

—Lo he pensado. Creo que nadie morirá hasta entonces. Si los enfermos se agravan tendremos que dejarlos allí. Debe haber un equipo médico y más medios para sacar conclusiones.

—¿De dónde son esa gente enferma?

—No lo sé. La próxima vez que hable con Buster se lo preguntaré. En realidad debí haberlo hecho. Podría ser un dato importante. Por el momento hemos decretado que el nivel diez sea aislado y se oculte a todo el mundo la enfermedad de esa gente. Tenemos que evitar un pánico. En cuarenta y ocho horas dispondremos de tranquilidad, una vez nos encontremos en Lew-Ceti.

El viejo se revolvió sobre la cama y agarró unos libros que tenía amontonados delante de la alacena. Eligió uno y empezó a leerlo por encima. Dijo:

—Ahora, si no te importa, me gustaría echar un vistazo a este viejo tratado epidemiológico. Alguien se ocupó, hace muchos años, de reseñar todas las enfermedades que conoció en su vida y que muchos médicos desdeñaron por poco malignas. Pero recuerda, amigo, que los virus evolucionan, y lo que ayer podía ser algo benigno, hoy puede ser mortal.

—Nos veremos en el comedor, doc. Hasta entonces.

Jack recogió su chaqueta. Salió al pasillo sin recibir respuesta de Harding a su saludo. El viejo estaba demasiado enfrascado con el libro.

En el comedor, una hora más tarde, lo esperó en vano. Comió en compañía de Olga y doce personas más en una mesa larga. No comentó nada con la mujer del conato de epidemia desatado a bordo. Observó que nadie parecía preocupado. La comida transcurrió como todas, ingiriendo un pésimo condimento y atormentado por el ruido ensordecedor de las charlas y gritos.

Olga se disculpó cuando salían del comedor

—Siento no poder acompañarte un rato, cariño. Tengo trabajo en

el camarote. Hoy me corresponde limpiarlo.

Le besó en la mejilla y se alejó, confundiéndose en seguida con las personas que transitaban por el pasillo.

Jack, cuando la perdió de vista, lamentó no haberle pedido un cigarrillo. ¿Cuándo agotaría Olga su provisión?

Mientras caminaba sin rumbo fijo, eludiendo las carreras de los jóvenes que se dirigían al gimnasio, se dijo que había sido afortunado encontrando a Olga. Ambos se complementaban, al menos por el momento. Se preguntó si una vez en Walkar ella quería seguir unida a él. Anotó mentalmente que debía preguntárselo.

Desconocía casi todo respecto a Olga, incluso de dónde venía y por qué motivo deseaba emprender una nueva vida en un planeta deshabitado en la actualidad, a menos que ya dispusiera de la primera remesa de colonos. No sabía si otra nave se había anticipado a la *Guardiana* y dejado en Walkar un primer grupo.

Usó el ascensor y lo condujo hasta el nivel diez. No tenía nada que hacer y deseaba comprobar una cosa. Apenas entrar en el pasillo, un oficial armado, seguido de dos guardianes, le salió al encuentro.

—¿Adónde va? —le espetó mirándole con altanería.

Jack ya tenía pensada su excusa.

—Tengo un amigo que viaja en este nivel, según me he enterado. He bajado para verlo.

El oficial negó con bruscos movimientos de cabeza.

—Debe marcharse. Han debido informarle mal. Este nivel ha sido desalojado para proceder a una reparación en el suministro de aire.

—¿Dónde están los pasajeros que lo usaban?

La impaciencia del oficial iba en aumento.

— Le he dicho que se marche.

Jack minó por encima de los hombros del oficial. Los dos guardianes habían dado dos pasos al frente. Los dos guardianes habían dado dos pasos al frente. Uno de ellos se golpeaba rítmicamente la palma de la mano con la porra eléctrica, evidentemente sin conectar ésta.

—Está bien —sonrió Jack.

—Vamos, no se haga el remolón.

—¿Sabe si me informarían dónde está mi amigo?

—No es asunto mío. Váyase de una vez.

La actitud del oficial era cada vez más hostil. Jack leyó en su pecho que se llamaba Kapra. Anotó mentalmente aquel nombre. Le dio la espalda y regresó al ascensor.

De vuelta a su nivel, Jack buscó al doctor Harding. No lo encontró por ninguna parte, aunque la nave era muy grande y podía estar en cualquier sitio, escondido de todos y devorando uno de sus libros. A veces solía hacerlo.

Tampoco durante todo el día siguiente vio a Harding. Preguntó por él a Olga y ésta le confesó que estaba preocupada.

—¿Por qué? —preguntó Jack.

—Vi hace unas horas al doctor, creo que iba en compañía de Buster, los dos caminando muy rápido por el pasillo central. Lo llamé y él se detuvo. Quise preguntarle algo, no recuerdo qué. Creo que nada importante. Sólo queda, en realidad, saber qué pasaba. Jack estaba tan alterado que me preocupó. Me contestó con evasivas y, ante los apremios del doctor Buster, se alejó de mí.

—Vaya, parece que las cosas no marchan bien —asintió Jack, y le explicó los malos modos del oficial que impedía la entrada de curiosos en el nivel diez.

Jack había vulnerado en parte su promesa a Harding y Olga sabía por él que existía cierto problema sanitario a bordo.

La mujer no era tonta y había sacado sus propias conclusiones.

Sabía que podía confiar en ella y acabó contándolo todo.

—El pasaje está tranquilo —dijo Olga—. No he notado ninguna inquietud.

—Mañana estaremos a la vista de la estación Lew-Ceti. Ojalá se arregle todo allí.

Tampoco pudo ver a Harding al llegar el periodo de descanso. Jack se preguntó si al viejo no le estaban exigiendo demasiado. Debía llevar muchas horas trabajando sin cesar.

Después del desayuno buscó a Olga y le dijo:

—Me gustaría ver la estación. Hay un mirador en el nivel cero. Desde allí se podrá ver un espectáculo estupendo.

—¿Cuándo saldremos del hiperespacio?

El le pasó el brazo por tos hombros y caminando despacio se dirigieron al tubo de ascenso que les llevaría hasta el nivel cero, en donde existía un extenso mirador, con visión directa al espacio a través de un grueso muro transparente.

Mucha gente había pensado lo mismo y el tubo estuvo muy concurrido. En la sala vieron algunos guardias, apostados en las entradas. Jack no supo explicar su presencia allí. ¿Acaso temían que la gente provocase un altercado en el momento de salir del hiperespacio la *Guardiana*?

Su mirada encontró al oficial llamado Kapra. Seguía tan altanero como lo había conocido en el nivel diez. Pasó ante él y creyó notar que le escrutaba, como recordándole del otro día.

Encontraron un buen lugar para ver la aproximación. Los paneles aún seguían cerrados y las luces indicaban que lentamente la nave perdía velocidad superlumínica.

—En cinco minutos estaremos viajando a mil kilómetros por hora. Este tipo de carguero dispone de un sistema de deceleración bastante eficaz —explicó Jack—, Poco después la estación aparecerá por ahí, precisamente.

Señaló un lugar del panel. Olga le miró de soslayo, y como algo intrigada, le preguntó:

—Pareces estar muy enterado del proceso de acercamiento. ¿Acaso has sido navegante alguna vez?

—He viajado bastante —respondió secamente.

Volvió a preguntarse por que todavía no había dicho a Olga quien era. Tal vez seguía sin sentir una completa identificación con ella. Debía arreglar cuanto antes semejante muestra de desconfianza. Si ella podía sentir hacia él alguna aversión por su pasado lo mejor seria saberlo lo más pronto posible.

Las luces indicadoras se apagaron y los paneles empezaron a deslizarse hacia arriba. Quienes habían viajado poco por el espacio soltaron exclamaciones de asombro. Incluso Jack se sintió un poco sobrecogido ante la rápida aparición de la estación, que pese a la distancia en que se hallaba, era fácil calcular su grandiosidad, hasta el

extremo de engullir a una nave como la *Guardiana* por una de sus esclusas.

La estación Lew-Ceti había sido una importante base militar dependiente de la Superioridad. A los tres meses de finalizar la guerra fue abandonada casi totalmente, quedando un equipo de mantenimiento muy reducido. Al parecer se había acondicionado para recibir a los transportes de colonos y reparar las naves si era necesario.

Jack pensó que tener en activo una base artificial en el espacio, con el equipo humano adecuado, debía suponer un gasto extraordinario para la Superioridad postura poco usual en ella.

Se fijó en la estructura de Lew-Ceti. Calculó que debía medir unos cinco kilómetros de largo por dos en su parte más ancha. Los extremos apenas debían ser de unos quinientos metros. Era como una cruz de Lorena muy hinchada en su centro, en donde estaban situadas las esclusas que conducían a las gradas de reparación. No estaba dañada porque apenas recibió ataques de los enemigos de la Superioridad.

Jack, pasados unos minutos, creyó descubrir en una parte del brazo izquierdo de la cruz un objeto extraño adosado al fuselaje.

Parecía una nave anclada, un vehiculo estelar de las dimensiones de un crucero, de diseño que le resultaba familiar.

Se agitó un poco nervioso. Al volver la cabeza vio al oficial Kapra, quien flanqueado por dos guardias, también se había acercado más al observatorio, sin duda movido por la curiosidad y la belleza del espectáculo.

La *Guardiana* se aproximaba ahora lentamente hacia la estación. Seguramente desde el puente estaría emitiendo un saludo a las autoridades de Lew-Ceti el capitán Skefold. Los doctores Buster y Harding podían estar con él, ansiosos por descargar a los enfermos o, como menos, solicitar la ayuda del equipo médico.

Apenas debían ser dos kilómetros la distancia que separaba la nave de la estación, cuando Jack sintió que su corazón se encogía. Quiso gritar y no pudo, se movió nervioso y Olga le miró asustada.

Convulso, corrió hacia el oficial Kapra, le agarró por un brazo y, ante la mirada todavía sorprendida de los guardias, empezó a zarandearlo, al tiempo que le gritaba:

—¡Debo ver inmediatamente al capitán!

—¿Qué demonios le ocurre? —le increpó el oficial—. Está alterando el orden.

Muchos pasajeros se habían vuelto para mirarlos.

—¡Déjeme pasar! —pidió Jack intentando empujar a Kapra.

—Explíqueme qué le pasa. ¿Se ha vuelto loco? ¡Si persiste en su actitud me obligara a...!

Olga se había aproximado e intentaba apartar a Jack, pero éste no se daba cuenta de los ruegos de la mujer, se zafó de sus manos y empujó a Kapra.

Casi estuvo a punto de pasar delante de los guardias, pero uno de ellos reaccionó con rapidez, agitó su porra y la apoyó sobre el hombro de Jack. La descarga eléctrica le arranco un grito de dolor y a continuación cayo al suelo, donde quedó doblado por la cintura.

CAPITULO V

Jack Ulang despertó y en seguida se dio cuenta de que estaba en una celda de reducidas dimensiones. No percibió inmediatamente el mal olor que existía. Toda su atención se concentró en la figura del oficial Kapra, de pie ante la puerta entornada. Al otro lado, en el pasillo, los das guardias permanecían vigilantes.

Kapra le dijo:

—Me ha estropeado el espectáculo, Ulang.

Todavía dolorido, Jack preguntó:

—¿Se ha molestado en averiguar mi nombre?

—Lo sé todo sobre usted. El capitán me advirtió, me dijo que podría ser peligroso. Evidentemente, no se equivocó. Ahora quiero que me diga por qué empezó a chillar como un demente.

Jack saltó del camastro y se dirigió hacia el oficial. De pronto surgió un par de porras que manejaban los dos guardias. Ulang recordó el mal rato pasado y retrocedió un paso. Intentó calmarse y dijo:

—Escúcheme bien y corra luego a decir al capitán que algo extraño ocurre en la estación. Debe interrumpir la aproximación.

—¿Porqué?

—¿Acaso no vio esa nave anclada en un extremo de la cruz oriental? ¿Está usted ciego o lleva tan poco tiempo en el espacio que ha olvidado el emblema de Gharjol?

—¿Gharjol? ¿Que es eso?

—Sería demasiado largo de explicar. Hágame caso y ruegue al capitán que dé marcha atrás. La *Guardiana* debe alejarse mientras esté a tiempo.

Kapra soltó una carcajada.

—Esos cigarrillos que fuma han debido perturbarle, amigo.

Se giró sobre sus talones y empezó a salir de la celda. Antes de que la puerta se cerrase, añadió con burla:

—Ah, debe saber que ya estamos dentro de la estación.

Jack lanzó un insulto y se mesó el cabello. Fuera, Kapra volvió a reírse de él.

Abatido, se derrumbó en el camastro y se preguntó cuánto tiempo había permanecido sin sentido. Si la *Guardiana* ya estaba en una de las gradas de la estación, debía ser más de una hora.

¿Cómo era posible que un navegante como Kapra no identificara la marca de los gharjoles? ¿Tampoco lo había descubierto el capitán en el puente de mando? Jack se hacia una pregunta detrás de otra y todo le parecía irreal.

El tiempo pasó para él tan lento que podía creer había transcurrido un siglo cuando la puerta de la celda volvió a abrirse y el doctor Harding apareció en el vana Su gesto era turbado al decirle:

—Jack, debes salir.

Sin moverse. Jack le preguntó con sorna:

—¿Directamente a los estómagos de los gharjoles? ¿Allí piensas llevarme?

La palidez de la cara de Harding le hizo comprender que éste ya sabía lo que él había descubierto.

—Vamos, no seas mordaz. Sigo intentando convencer al capitán de que nadie salga de la nave.

Jack le siguió. Fuera había un guardia, pero no notó en él ninguna postura hostil. Se quedó allí, en la sección carcelaria.

Por el camino, el viejo le explicó con nerviosismo:

—Estaba en el puente cuando Kapra contó al capitán lo que tú le habías dicho. Entonces se miró con más detenimiento todo el perímetro de la estación y aumentamos la visión de esa nave anclada. Efectivamente, lleva grabado el símbolo de Gharjol en la proa.

—Ya es tarde para huir, ¿no?

—Calma. No sabemos nada. El capitán palideció un poco. Lógicamente sabe lo que significa la garra y la espada, el símbolo de Gharjol. Pero opina, como si quisiera aferrarse a una esperanza, de

que puede ser una captura reciente de la Superioridad.

—¿Qué decían los tripulantes?

—La tripulación, excepto el capitán, ignora quiénes son los gharjoles. Todos proceden del otro extremo de la galaxia. Sólo quien ha luchado en las filas del ÉEA puede calcular el peligro que sería para nosotros si en la estación hubiera gharjoles.

—Ojalá me equivoque. Ojalá sea cierto la teoría de que esa nave está ahí tras haber sido capturada por alguna patrulla de la Superioridad.

—Lo peor es que desde la estación no han contestado a nuestras llamadas.

Jack se detuvo, lleno de asombro e irritación.

—¿Es que el capitán metió su nave en la estación sin recibir contestación?

—La esclusa se abrió y...

—Son automáticas. Actúan ante la presencia de ciertas coordenadas. Skefold debió pronunciarlas en su llamada. Harding, estamos perdidos.

Debo compartir tu preocupación, pero confiemos que...

No siguió. Habían llegado ante la entrada del puente de mando. El capitán salió a recibirlos. Más allá, Jack vio al doctor Buster, con gesto sombrío. Debía conocer por Skefold lo grave de la situación.

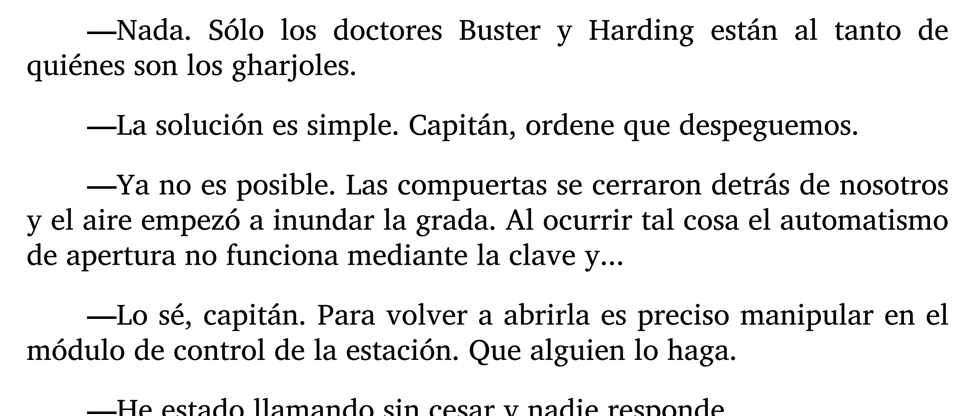
—¿Qué sabe usted de los gharjoles? —preguntó el capitán en un susurro.

Jack notó sobre ellos las miradas extrañadas de los navegantes del puente. También, a unos metros de distancia Kapra les miraba con curiosidad, sin comprender totalmente lo que ocurría. Seguramente, el pasaje se preguntaría por qué no se abrían las puertas de la nave y podían salir a confraternizar con el personal de la base.

—Lo bastante para echarme a temblar si ellos están en la estación.

—Eso seria ilógico, capitán Ulang.

—No me llame capitán. Ya no lo soy. ¿Qué sabe la gente, la tripulación y el pasaje?



—Nada. Sólo los doctores Buster y Harding están al tanto de quiénes son los gharjoles.

—La solución es simple. Capitán, ordene que despeguemos.

—Ya no es posible. Las compuertas se cerraron detrás de nosotros y el aire empezó a inundar la grada. Al ocurrir tal cosa el automatismo de apertura no funciona mediante la clave y…

—Lo sé, capitán. Para volver a abrirla es preciso manipular en el módulo de control de la estación. Que alguien lo haga.

—He estado llamando sin cesar y nadie responde

—Entonces la explicación es sencilla: Los gharjoles llegaron a la estación hace algún tiempo y se apoderaron de ella. No debía haber mucha gente de la Superioridad para impedirlo. Ni siquiera pudieron informar del ataque a la Tierra.

Harding lanzó un bufido de rabia.

—A lo peor ni siquiera había guarnición. Esta estación debía estar abandonada, jamás la acondicionaron para ayudar a las naves de los colonos. Es lo más probable.

Se acercó Buster y preguntó al capitán:

—La gente empieza a inquietarse, señor. ¿Qué piensa hacer?

—Enviar un grupo al módulo de control y accionar la apertura de salida.

—Creo que es la única alternativa que nos queda. ¿Quién ira?

Skefold tragó saliva y dijo con voz estrangulada:

—Yo mismo al frente de cinco hombres armados. Me llevaré al oficial Kapra. No tendré más remedio que explicarle la verdad.

—¿Tiene su confianza?

—Bueno, sirve en mi equipo desde hace seis meses. Me parece un oficial capaz — miró a Jack—. ¿Quiere usted venir, Ulang?

Jack negó con la cabeza.

—No.

—Debe tener alguna razón especial.

—Será una locura salir. Desde aquí no tenemos visión de varios puntos de la grada, zonas muertas para nuestros visores. Ignoramos qué está pasando fuera. En lugar de intentar llegar hasta el módulo de control soy de la opinión de atacar con las toberas de popa la esclusa, destrozarla.

—Seria muy peligroso —protestó el capitán.

—Más lo será ofrecer a los gharjoles la posibilidad de que conozcan nuestra pobreza de medios para ofrecerles resistencia.

El capitán miró a Jack con desprecio.

—Puede quedarse, Ulang Debí suponer que seria su actitud esconderse como... —lanzó una maldición y no siguió, aunque Jack sabía que había querido llamarle cobarde.

—¿Puedo volver a mi camarote? preguntó.

—Sí, márchese de mi vista —respondió el capitán dándole la espalda.

Jack se apresuró a ir a su camarote. En los pasillos no encontró a nadie. Luego sabría que Skefold había dado órdenes terminantes de que ningún pasajero estuviera fuera de sus recintos o en las salas de espera.

Olga estaba en su camarote y se lanzó a sus brazos apenas le vio, pero Jack la apartó y se dirigió a, su maleta.

—¿Qué te ocurre? Tienes la expresión de quien ha visto un fantasma.

—Es posible que sea una legión de fantasmas. Lo siento, pero no puedo perder tiempo.

Empezó a reunir las piezas de la pistola y la fue armando con rapidez. Metió el cilindro de la carga y comprobó por el indicador que estaba en orden.

—No esperaba que te soltase... —la cara de la mujer se puso lívida—. Jack, ¿acaso te has escapado?

—Deja de decir tonterías. La situación es muy grave. Si el coco del capitán no tiene éxito, dentro de poco vamos a ver en la nave una jauría de seres horribles.

—¿Qué quieres decir?

Jack movió las manos, coma queriendo espantar sus temores.

—Debes enterarte, Olga. ¿Qué sabes de Gharjol?

—Nada.

—Lo suponía. Gharjol ha sido la vergüenza de la Superioridad que durante toda la guerra pudo mantener oculta. Pocos sabían entonces quiénes eran los gharjoles y ahora apenas quedan veteranos que oyeron hablar de ellos.

—Suena a terrorífico, pero mejor es que me lo cuentes todo.

—La Superioridad necesitaba aliados, fuerza de choque compuesta por seres violentos, que fueran fáciles de reponer si suman bajas cuantiosas. Existían los gharjoles, humanoides salvajes. Se les instruyó para luchar al lado de la Superioridad para asustar a las razas enemigas. Su ferocidad y otras cualidades nada ejemplares les convirtieron en un mito, ante el cual ciudades y ejércitos se rendían.

—Si pertenecen a la Superioridad, ¿por qué estos temores?

—Antes de que acabara la guerra, la Superioridad se cansó de sus aliados. Quiso licenciarlos, pero los gharjoles habían tomado gusto a la guerra y se negaron. Entonces fueron aniquilados en su mayor parte, aunque muchos escaparon. A veces aparecen y dejan un rastro horrendo de su paso. Por supuesto, todos estos hechos son silenciados por tierra.

Ella miró la pistola antes de que Jack se la guardase. —¿Habrá problemas?

—Más de los que supones. A bordo sólo hay porras eléctricas y media docena de pistolas. Sin contar la mía, claro —acabó sonriendo fugazmente.

Explicó a Olga lo que había descubierto cuando todavía la *Guardiana* podía alejarse de la estación.

—¿Por eso te comportaste como un loco en el observatorio?

—Sí. Al ver el emblema de Gharjol perdí la serenidad. Tengo parte de culpa de lo que ocurre. Con otra forma más educada hubiera podido hablar al capitán Skefold y convencerle de que lo más conveniente era huir. No me habría costado ningún esfuerzo porque él conoce la leyenda de los gharjoles.

—No pueden ser tan terribles como los pintas —dijo ella

pretendiendo sonreír.

Jack no contestó a su pregunta. Por el momento, pensó, ya la había intranquilizado bastante. Dijo antes de salir.

—Quédate en mi camarote y echa la cerradura. No abras a nadie, a no ser que sea yo o el doctor Harding.

La besó en la boca y la dejó inquieta, lo sabía, pero no podía perder más tiempo.

Aunque se apresuró cuanto pudo, llegó al puente cuando el grupo ya estaba en el exterior.

—Podemos verlos a través del visor —dijo Buster—, al menos en tanto no se alejen demasiado entren en las zonas oscuras de la grada.

—¿Quién ha tomado el mando? —preguntó Jack mirando de soslayo a un grupo de oficiales que cuchicheaban en un rincón.

—Yo —dijo Buster señalándose a sí mismo—. Tengo el grado de capitán y me corresponde por antigüedad

Se acercó hasta donde estaba Harding, vigilando la pantalla que mostraba al grupo caminando por el exterior. Se hallaba a punto de bordear el borde de la plataforma donde se asentaba la *Guadiana*. Los siete hombres, encabezados por Skefold y Kapra, avanzaban muy despacio, con las armas en las manos y mirando a todas panes. Jack contó, por lo tanto, siete pistolas. Preguntó cuantas armas habían quedado a bordo.

Buster se volvió y respondió:

—Ninguna. Sólo quedan las porras de los guardias.

—¿Y los demás guardias?

—Vigilan los niveles. Hemos pedido al pasaje que no se mueva de sus correspondientes secciones.

—No sé si es una medida prudente —dijo Jack moviendo la cabeza—. Cada minuto que pase se volverán más temerosos y empezaran a preguntarse qué ocurre. Puede estallar un tumulto.

—Confiemos que no ocurra —respondió Buster guturalmente—. Ya teníamos bastantes problemas con esa gente enferma y ahora no podemos ni desembarcarla.

En la pantalla, los siete hombres habían entrado en una zona de

poca luz y ya no podían ser vistos.

—Solo podemos esperar —dijo Harding.

CAPITULO VI

Cuando transcurrió media hora y seguían sin tener noticias del grupo al mando del capitán Skefold, Jack preguntó a Buster qué posibilidad había de enviar un mensaje de socorro a la Superioridad.

El médico tamborileó con los dedos sobre el visor y replicó sin volverse para mirar a Ulang:

—Ninguna. Mientras estemos dentro de la grada nos será imposible hacerlo.

—¿Va a decirme que esta nave carece de emisor láser? —inquirió asombrado.

—Exacto.

—La Superioridad no fue muy generosa al gastar su dinero en dotarles de los medios más eficaces, ¿verdad?

—No es el momento para hacer recriminaciones, señor Ulang.

Jack paseó la mirada por el puente. Los hombres seguían reunidos en pequeños grupos. Aunque debían ignorar todo el peligro que estaban corriendo, intuían que la situación empeoraba a cada momento.

—¿Dónde está la salida de emergencia?

El doctor Buster se agitó y giró la cabeza para mirarlo.

—¿Cómo sabe que hay una salida de emergencia en el puente?

—Todavía no le ha dicho el capitán que pertenecí al EEA?

—No...

—Pues debería saberlo, doctor, y también buscar a los otros hombres que pelearon en el Ejército Expedicionario. Ellos serían útiles ahora. Indíqueme la salida.

—¿Qué pretende?

—No voy a permanecer aquí cruzado de brazos. El capitán Skefold y los hombres que le acompañaban jamás han visto un gharjol en su vida. Si la estación esta en sus manos debe haber alguien cerca de ellos que sepa hablar la lengua de esos monstruos.

Incapaz de contradecir a Jack. Buster le indicó el camino. Le acompañó hasta una pequeña puerta, que él mismo abrió, explicando:

—Accione un botón rojo y se pondrá en funcionamiento un freno gravitatorio que le dejara en poco tiempo bajo el flanco derecho de la nave. Sólo tendrá que dar un pequeño salto cuando escuche un silbido agudo. ¿Quiere llevarse algún cuchillo? Es lo único que puedo ofrecerle.

El ofrecimiento de un arma blanca por parte del doctor Buster sonó a Jack como una burla. Quizá pensaba el jefe accidental de la nave que hacia bien dejándole marchar, tal vez espoleado por el pensamiento oculto de no volverle a ver.

Jack prefirió no contestar y se introdujo en la abertura. Palpó el botón rojo y antes de accionarlo y dejarse deslizar por el tubo, guiñó un ojo a Harding. El viejo sabía que él llevaba una pistola desarmada en su equipaje. Recibió de él una media sonrisa.

—Cuide de Olga, doc —dijo mientras se hundía por el conducto.

Aquel maldito tubo llevaba mucho tiempo sin funcionar. Nadie se había ocupado de mantenerlo limpio. Las paredes ásperas arañaron a Jack y el polvo que levantaba a su paso le hizo toser y tuvo que cerrar los ojos. Debido a esto casi no se dio cuenta cuando llegó al final del viaje, la tenue capa antigravitatoria cesó bruscamente y cayó de mala postura sobre el piso de metal de la grada.

Se había lastimado una pierna y apretó los dientes Pero no quiso quedarse allí mucho tiempo lamentando su aparatosa llegada. Sacó la pistola y le quitó el seguro. Un poco renqueante empezó a dar la vuelta a la nave. Buscó la zona por donde el capitán y su grupo habían desaparecido.

En el hangar no existía un silencio total. Un rumor apagado llegaba a los oídos de Jack desde varios sitios. Debía ser el sistema de ventilación, quizá los inyectores de aire que continuaban funcionando a pesar de que en la grada la atmósfera ya había sido completada desde una hora antes.

Ahora se lamentaba de no haber cogido una lámpara de la nave. El frente oscuro le produjo un escalofrió.

Se volvió para mirar la mole de la nave, que desde su anclaje en la grada parecía querer aplastarle. Intentó localizar dónde estaba el puente y admitió que se hallaba desorientado. Se encogió de hombros y siguió caminando.

Ascendió por una rampa llena de restos de materiales desechados. Dentro de la zona oscura anduvo más de prisa. Estaba obsesionado por

salir de nuevo a la franja iluminada que veía más allá de las grúas inmóviles, que como monstruos gigantescos se levantaban delante suya.

Más allá de nuevo tuvo que enfrentarse a zonas en tinieblas, a confusión, construida por elementos de reparación que parecían llevar mucho tiempo fuera de servicio.

De pronto pisó algo y se inclinó para ver de qué se trataba Sus cabellos se erizaron al descubrir que se trataba de un hueco con escasos restos de carne reseca Más lejos había un montón oscuro que manchaba el suelo. No se acercó para cerciorarse de lo que suponía su mente trabajando a ritmo frenético, desbordada sin freno su imaginación.

Estaba reanudando la marcha cuando se produjo el ruido procedente de un túnel débilmente iluminado por luces amarillas. Se refugió detrás de una grúa y esperó.

A continuación escuchó tos silbidos de varios láseres, igualmente disparados en el túnel. Entre éste y él había un espacio abierto, casi limpio de maquinaria inmóvil.

Jack se esperó.

Súbitamente, del túnel surgieron varias figuras. Llegaron corriendo. Al salir al claro se detuvieron un instante, como queriendo orientarse. Jack iba a gritarles para indicarles el camino cuando reanudaron la carrera en su dirección, al mismo tiempo que desde varios puntos, y sobre todo del túnel, hicieron su aparición decenas de seres que identificó con rapidez y le produjeron una sensación de vacío en el estómago.

Todos sus temores se estaban cumpliendo sobradamente. Aquellos seres que perseguían al grupo del capitán Skefold tenían una altura media de dos metros, de achaparrada cabeza, piel oscura y arrugada en pliegues alrededor de su boca grande y dentada. Eran bípedos, pero sus movimientos resultaban una triste parodia de fracasada imitación humana

Gharjoles, se repitió Jack varias veces, intentando vencer su deseo de dar media vuelta y escapar de allí corriendo.

Uno de los navegantes se revolvió al sentir muy cerca la zarpa de un gharjol e intentó dispararle. El ser gigantesco lo desarmó de un golpe y el siguiente movimiento de su brazo le arrancó parte de la cara. El desgraciado no pudo ni gritar. Empezó a dar saltos,

enloquecido por el dolor, hasta que fue asido por su agresor y le aplastó el cráneo con la culata de un enorme fusil.

Jack no vio a Skefold, aunque sí a Kapra. Además del oficial todavía quedaban dos hombres más con vida. Los tres se agruparon al comprender que estaban rodeados. El círculo de gharjoles se fue estrechando. Todos iban armados, pero parecían dilatar el momento de disparar. Cualquier otro observador no hubiera comprendido el motivo que tenían los gharjoles para no achicharrar a sus víctimas con las armas que disponían, cualquier otro hombre que desconociera las costumbres de los seres de Gharjol. Pero Jack podía responderse a tal interrogante.

Sabía que a los gharjoles les repugnaba la carne quemada.

Jack actuó impulsivamente y más tarde se preguntaría muchas veces por qué había sido tan impulsivo. Pero ya era imposible rectificar. Se encontró fuera de su escondite, llamando la atención de los gharjoles después de haber guardado su pistola.

En su lengua áspera dijo:

—¡Quietos! —Entonces, como un mazazo, alcanzó a comprender su torpeza, tardíamente. Si había pensado que podía parlamentar con los gharjoles, es que su mente le había jugado una mala pasada, ni siquiera pese a que podía sorprender a tales salvajes hablándoles en su idioma—. Os habla un oficial del EEA. En nombre de la Superioridad os ordeno que depongáis las armas.

Su estrategia no podía ser más burda, lo reconocía, pero no había tenido tiempo para idear otra. Nada mas había pensado en que debía evitar la muerte de Kapra y sus hombres. .

Los gharjoles abrieron el circulo que cerraban alrededor del grupo y le permitieron acercarse.

Para Jack solo quedaba la esperanza de que aquel grupo de mercenarios, los antiguos aliados de la Superioridad, fuesen tan estúpidos para no haberse enterado que la guerra había terminado y sus rudimentarios cerebros aún reaccionasen ante la actitud segura de un humano que aseguraba ser un oficial a quien debían obedecer.

Caminó despacio, realizando un supremo esfuerzo para no exteriorizar el miedo que le corroía. Se plantó en el borde del círculo roto y paseó la mirada por los gharjoles, quienes le contemplaban con sus ojos grandes y circulares, oscuros. Jack empezó a darse cuenta de su error al observar que los uniformes de los seres eran viejos y sólo

les quedaba parte de su equipo de combate, unos equipos suministrados años atrás por la Superioridad.

Lo peor era que ninguno llevaba el distintivo del gobierno de la Tierra junto al emblema de la zarpa de Gharjol.

Aquello era, sin duda, un aviso para Jack de que los gharjoles que ocupaban la estación Lew-Ceti hacía tiempo tenían rotos sus lazos con la Superioridad. Incluso podían saber que eran perseguidos por ésta porque su exterminio había sido decretado en la Tierra.

Un gharjol se apartó de los demás. Conservaba aún un resto de insignia de comandante. Se bamboleó pesadamente al dirigirse a Jack y desde su altura de dos metros miró al terrestre, abrió la enorme boca y mostró con hilaridad la doble fila de agudos dientes y colmillos Una lengua gruesa se movió cuando dijo guturalmente: La Superioridad me dijo que yo era el mayor ZB-345/987, pero en mi mundo me llamaban Hingarh, humano. Vuelvo a ser Hingarh, gharjol libre para matar a quien me plazca y o a quien me ordene la Superioridad. ¿Entiendes terrestre?

Jack se mordió los labios. Kapra y los dos guardias estaban interpretando erróneamente lo que veían. Debían pensar que Jack parlamentaba amistosamente con los gharjoles, calmándolos. Para alejar cualquier peligro de que disparasen contra ellos, habían soltado las armas al suelo. Incluso uno de los guardias empezó a sonreír con alivio, liberándose del miedo acumulado.

Ya era tarde para decirles que recogieran sus armas. Las cosas no se desarrollaban como se imaginaban. Un gharjol se apresuró a tomar las pistolas.

—¿Dónde está el capitán Skefold? —preguntó Jack a Kapra.

—Esos salvajes lo mataron. Nos sorprendieron en un corredor mal iluminado y destrozaron al capitán y a... Bueno, Ulang. ¿qué pasa? Skefold me dijo eran antiguos mercenarios de la Superioridad, pero no me imaginé que fueran tan bestiales. Supongo que usted los castigará ahora, ¿no?

—¿Castigarlos? —preguntó Jack, incrédulo.

—Eso he dicho. Aunque no comprendo la jerga que ha graznado, he adivinado que se ha presentado como un oficial de la Superioridad.

—Ha entendido lo único que no nos servirá de nada, Kapra.

—¿Qué dice?

El gharjol llamado Hingarh agitó sus brazos, abrió las garras y bramó:

—No me gusta que hablen en lengua humana. Basta.

—¿Cómo ha llegado usted a la Estación, comandante Hingarh?

No debió formular bien la pregunta. No conocía perfectamente la lengua gharjol. Jack tuvo que aprenderla con urgencia porque estuvo a punto de ser enviado como dirigente de un regimiento de gharjoles, cuando la guerra se encontraba en su apogeo. Hingarh contestó:

—Había pocos humanos aquí cuando llegamos. Nos abrieron la esclusa sin pedirnos la identificación. Eran pocos —torció la boca en lo que podía interpretarse muy libremente como una sonrisa y concluyó con regocijo—: No nos duraron mucho.

Jack palideció más. En su miedo, que empezaba a ser incontrolable, pensó en sacar la pequeña pistola y abrirse paso entre los gharjoles, alcanzar la nave, encerrarse en ella y... Meneó la cabeza, desesperado. ¿Y luego? Sin armas a bordo, los gharjoles no tardarían en derribar una esclusa y entrar arrollándolo todo.

Pese a que Skefold estaba muerto, Jack lo maldijo. ¿Por qué no contó a Kapra todo respecto a los gharjoles? Ahora aquel oficial no estaría pensando que él solucionaba la situación dialogando con el monstruo. Si Kapra supiera la verdad podía sufrir un colapso. A fin de cuentas seria lo mejor para él

Tiempo. Aquella palabra martilleó la mente de Jack. Como único interlocutor con los gharjoles podía asegurar que seguiría viviendo por algún tiempo. El comandante Hingarh le conservaría con vida... hasta el final. Mientras tanto podía concebir algún plan para escapar y ayudar a salvar el pellejo al mayor número posible de pasajeros y tripulantes.

—Llévanos a tu nave, humano. Sabemos que está llena de humanos. Si quieren lucha, la habrá. Nos gusta pelear contra los humanos —rugió el gharjol— Diles que deben rendirse. ¿Hay muchos oficiales de la Superioridad a bordo?

El gharjol, pensó, no era tonto. Dentro de su brutalidad poseía cierto grado de inteligencia. En su vagabundear por el espacio, desde que acabó la guerra había aprendido muchas cosas. Tal vez se había enfrentado con humanos en otras ocasiones y anotado que sólo algunos oficiales de la Superioridad conocían sus costumbres.

—Humano, tú vivirás si nos ayudas —añadió el gharjol

Jack se estremeció ante semejante propuesta. Se limitó a asentir, mirando de reojo a Kapra, quien no podía ser capaz de interpretar su movimiento afirmativo de cabeza.

—Tengo que hablar a esos hombres. Quiero que ellos vivan, y también otras personas que están en la nave.

—Tú solo, humano. No más humanos. Sólo tú.

—Dentro hay varios cientos de humanos, más de dos mil. De sobra comandante.

Ante la cifra dicha por Jack, Hingarh exclamó algo incomprensible, lleno de alborozo, y lo repitió a sus compañeros, quienes empezaron a saltar de alegría.

Kapra y los dos guardianes también rieron, olvidándose incluso de la muerte de su capitán y compañeros. Estaban demasiado felices por haberse salvado de las garras de los gharjoles.

—Quiero que varios humanos sean excluidos —insistió Jack en lengua gharjol cuando los monstruos se calmaron y su jefe podía oírle.

—Tú sólo, seguro. Los demás, algún tiempo. Esa nave es buena. Podrá llevamos lejos. La nuestra llegó mal. Está fuera, inservible.

—Tengo yo razón, comandante. Necesitarás humanos para tripular.

—Nosotros sabemos manejar computador de vuelo —rió el gharjol—. La Superioridad nos enseñó. Vamos, llévanos a tu nave, humano.

Hingarh le empujó para que andara. Mientras había discurrido esto, por todas partes fueron apareciendo más gharjoles armados. Surgían de cada rincón y Jack se dijo que mientras avanzó por la grada y los túneles debió estar vigilado. Se preguntó cuantos habría Contó a unos cincuenta por encima, pero podían haber más, aunque su número, teniendo en cuenta la capacidad de la nave anclada en el exterior de la estación, no sobrepasaría la cifra de doscientos.

Se dejó conducir hacia la nave. Kapra y los dos guardianes caminaban detrás, todos flanqueados por docenas de gharjoles bastante entusiasmados.

Jack se consideraba afortunado por conservar todavía la pistola.

A ningún gharjol se le había ocurrido registrarle. Tan pronto como tuviese ocasión debía ocultarla, una vez dentro de la nave.

Notó la proximidad de Kapra y éste le preguntó:

—¿Por qué esa sombra de preocupación ahora, Ulang? Todo parece haberse arreglado. Lástima que usted no viniera con nosotros cuando estas bestias nos atacaron. ¿Por qué cree que lo hicieron?

—Se lo contaré más tarde —replicó Jack no queriendo que el pánico abrumase a Kapra, no por el momento.

—¿Qué es eso tan importante en que piensa?

Furioso, Jack se revolvió y dijo al oficial:

—Me estoy preguntando cuánto durará a los gharjoles la despensa de carne humana que les ha llovido del cielo.

CAPITULO VII

—Han debido ser esos oficiales que viajan quienes han propagado Ja noticia.

Jack se refería a los antiguos miembros del EEA que el capitán Skefold vigilaba de cerca por medio de sus guardias. Cuando tos gharjoles irrumpieron en la nave, produciendo un pánico no muy grande, el miedo sacudió a todo el pasaje al correrse el rumor del peligro que para todos iban a suponer aquellos seres. Si no hubo más histerismo debió ser, paradójicamente, por la presencia de los gigantes guerreros. Ante ellos, los pasajeros y navegantes se recluyeron en sus respectivos niveles y ahogaron sus lamentos lo mejor que pudieron.

Pero de vez en cuando, según noticias que llegaban hasta el cuarto anexo al puente de mando, alguna persona perdía la cordura, acudía un gharjol y este se la llevaba ante la impotencia de sus familiares o amigos.

—Podían haberse callado. El pánico no nos ayudará nada —comentó Kapra, tan lívido como un muerto de varios días. Desde que supo la verdad la sangre parecía haber huido de sus venas.

Jack miró a todos los presentes. A Buster su efímero cargo parecía pesarle demasiado. Además, ¿quién se preocupaba ahora de que él había sido el capitán de la nave? Podía mantener el rango, pero dadas las circunstancias parecía ridículo, El doctor Harding hablaba poco. Apenas lo hizo desde que los gharjoles los encerraron allí. Sólo una vez se lamento de que sus libros podían ser pasto de la incultura de los humanoides. Los seis guardianes permanecían en un rincón, cuchicheando entre ellos de manera intermitente, muy abrumados todos. Por último, Kapra no conseguía reaccionar y si abría la boca era para lanzar a Jack una acusación más o menos velada.

Los gharjoles se habían adueñado del puente de mando y enviado a todos los navegantes al primer nivel. Sólo consintieron en dejar en el cuarto a los que ostentaban, como guardianes, un uniforme de aspecto militar, y también a los doctores, por indicación de Jack, quien cuando la hizo procuró que sus gestos no fueran comprendidos, ya que estaba seguro de que sus gruñidos gharjoles no podían ser interpretados.

Ahora pensaba en Olga y le dolía furiosamente no haber podido convencer a Hingarh de que la hembra humana de su predilección debía estar con él. El comandante gharjol emitió un ronquido y dijo algo parecido a que más tarde hablarían del tema.

Kapra se movió, dejó de restregar sus anchas espaldas en la pared y preguntó a Jack y los médicos:

—¿Cómo es posible que la Superioridad admitiera en sus filas de mercenarios a una raza antropófaga?

Jack se encogió de hombros y calló cuando vio que Harding iba a contestar la pregunta de Kapra.

—Esta fue una de las razones que movieron a la Superioridad a desembarazarse de tan molestos soldados. La ansiedad de los gharjoles por la carne humana o de humanoides no se conoció hasta bien tarde. Dentro de su primitivismo son inteligentes, astutos, y mantuvieron oculto su debilidad largo tiempo. También se ocultó a la opinión pública tal descubrimiento.

—Así es —añadió Jack—. Este grupo de gharjoles andan de un lado para otro de la galaxia sin sitio donde ir. Su planeta de origen fue arrasado. Creo que tampoco habrían encontrado el camino de poder regresar a su salvaje hogar. Me parece que cuando llegaron a la estación traían hambre atrasada y los humanos que encontraron se la aliviaron por algún tiempo. No debe haber transcurrido mucho tiempo de entonces y eso nos ha salvado por el momento.

—¿Salvados? —repitió Kapra—. ¿De qué? ¿Puede explicarse?

Harding soltó un carraspeo y dijo:

—Jack Ulang quiere decir que cuando el apetito se despierta en un gharjol, su deseo de saciarlo es incontrolable, pero ocurre que una vez satisfechos el hambre, se pasan días o semanas sin probar bocado. Cuando nosotros hemos llegado ellos están en su período de calma, me parece. Pero esta tranquilidad no durara mucho. En un día o dos sus estómagos les reclamaran comida y… Bueno, debieron acabar la remesa que les supuso el equipo reducido de la estación. Ahora tienen reservas en cantidad.

—¡Es horrible! —exclamó Kapra—, Nos matarán para devorarnos.

Buster se envaró. Dejó de estar colorado y pasó a poseer un tono macilento en su piel arrugada. Fuera de sí, contestó;

—No nos matarán para devorarnos. Les atrae la carne cruda y todavía caliente, la sangre de un organismo tibio.

Los guardianes también le habían oído y se levantaron, formando un grupo detrás de su oficial. Kapra, con los ojos desencajados, preguntó:

—¿Devoran vivas a sus víctimas?

—Las despedazan con sus garras, las muerden y...

—Cállese, Buster —gritó Harding-. Es suficiente.

Kapra se revolvió como una fiera consciente de que iban a sacrificarla.

—Doctor Harding, ¿es cierto lo que dice el doctor Buster?

—¡Claro que lo es! —dijo Buster regresando a la silla que había estado ocupando.

Jack contempló en silencio la escena de pánico. Algunos guardianes lloraron, uno se desmayó y Kapra, incapaz de mantenerse de pie, se dejó caer en el suelo, en donde pareció sollozar Harding preguntó a Buster si estaba satisfecho y éste le replicó:

—Es mejor que conozcan lo que les espera.

—Le creí más sensato —escupió Harding volviéndole la espalda. Llegó hasta donde estaba Jack y se sentó a su lado.

—Debo intentar que Olga sea traída aquí —dijo Jack mirando sus manos.

—¿Para qué?

—Conservo la pistola, doc. Los monstruos no me registraron.

—¿Por qué no escapaste con ella? La base es enorme y podrías ocultarte...

—Estaba rodeado de gharjoles y la carga es limitada, apenas para disparar media docena de veces si no se controla la salida, y en mi estado de miedo no hubiera podido. Me habrían atrapado antes de alejarme un par de metros. Además, ellos llevan restos de equipo de combate y hubiesen resistido algunos disparos. Prefiero conservarla y matar a Olga y luego suicidarme. Nuestros cuerpos no se los comerán vivos. Al menos les fastidiaré en eso.

—¿Sólo quieres la pistola para evitar sufrimientos a ti mismo y a Olga?

—¿Qué otra cosa puedo hacer? Esta maldita nave no llevaba más que media docena de pistolas que se perdieron fuera. Si hubiéramos transportado un buen arsenal los gharjoles no estarían ahora haciendo recuento de su ganado. Somos más que ellos, pero nada podemos

hacer con sólo nuestras manos. En una lucha cuerpo a cuerpo un gharjol puede despedazar a tres humanos.

—Ten calma, muchacho. Prométeme que no harás nada precipitadamente.

—¿Qué está pensando?

—Te lo diré más tarde, ahora estoy dándole vueltas en la cabeza a algo que podría servirnos...

De pronto, la puerta se abrió y un hombre fue arrojado al interior. Vestía ropas de paisano y se incorporó despacio. Miró a los que ya ocupaban la estancia.

—¿Quién eres? —preguntó Buster—. ¿Por qué te han traído los gharjoles aquí?

—Me llamo Crabbe y no pienso decirles nada más de mí. —Estudió a cada uno y añadió—: Ya veo. Ustedes son los guardianes y los dos médicos que estuvieron días atrás tratándolo todo, sobre todo en el décimo nivel.

—Debes decirnos por qué te han sacado los gharjoles de los niveles. Eres un pasajero...

—También es un antiguo oficial del EEA —contestó Jack—, Ha debido hablar a los gharjoles en su lengua y éstos lo han traído aquí, junto a sus huéspedes distinguidos.

—¿Lo conoces? —preguntó Harding señalando al recién llegado.

—En absoluto, pero sé quién ha sido un oficial por su manera despectiva de expresarse. Debe ser uno de los que vigilaba estrechamente el capitán —miró a Kapra—, ¿Me equivoco?

—Es uno de ellos —asintió Kapra serenándose un poco.

Crabbe se aproximó a Jack.

—Has dado en el clavo, amigo. ¿Tú también hablas gharjol?

Jack asintió.

—La ventaja se reduce a que nos dejarán los últimos —gruñó Crabbe—. Ese monstruo llamado Hingarh me ha propuesto que les ayude a interpretar los códigos con las instrucciones de la *Guardiana* A cambio, me prometen dejarme en un lugar habitado. Quieren largarse dentro de una semana o dos. ¿También a ti te han pedido ayuda?

—Más o menos.

—¿Qué les has contestado?

—Lo estoy pensando.

—Es usted un cerdo, Ulang —bramó Buster.

—¿Qué haría usted en nuestro lugar? —preguntó Crabbe furioso.

—Váyase al diablo.

Crabbe hizo un ademán despectivo hacia el médico y se inclinó sobre Jack.

—No tenemos otra solución que pensar que ellos cumplirán su palabra, ¿verdad?

—¿Qué otro remedio nos queda? Lo más probable, sin embargo, es que no cumplan.

La puerta volvió a abrirse y apareció el comandante Hingarh. Detrás de él estaban varios soldados gharjoles, asomando sus cabezas sobre los hombros de su jefe. Parecían estar apreciando lo apetitosos que podían ser aquellos humanos en su próxima pitanza.

—Sólo dos hablan gharjol. Humanos son estúpidos —escupió el comandante.

Jack pensó que no valía la pena recordarle que no existía un solo gharjol que hubiera aprendido a hablar el terrestre. Se incorporó y dijo:

—El jefe de esta nave —señaló a Buster, quien le fulminó con la mirada— me ha pedido que le transmita que si no procede a dejarnos libres, la Superioridad les pedirá responsabilidades. Serán castigados duramente si dañan a un solo humano.

—¿Cómo se atreve a...? —gritó Buster—. ¿Pretende que ese monstruo se enfurezca conmigo y me destroce?

—Cálmese —silabeó Ulang—, ¿No estaba orgullo de su nuevo cargo? Ahora cargue con las consecuencias. Además, es la actitud que debería adoptar.

—¡Superioridad es mierda aquí! —vociferó el gharjol. Sus sicarios corearon su insulto con entusiasmo—. Superioridad sólo dice mentiras. Nos persiguió durante mucho tiempo. Nosotros llegamos aquí hambrientos, cansados. Ya no tenemos hambre atrasada y

queremos marcharnos. Usaremos esta nave y su despensa. ¿Entienden, hombres que hablan mi lengua?

Crabbe y Jack asintieron y este último se ocupó de traducir a los demás las palabras poco esperanzadoras del comandante.

—Hoy vamos a elegir a varios humanos —dijo con gravedad Hingarh haciendo resonar sus dientes. Jack no tuvo que traducir nada para que todos comprendieran lo que había querido decir—. Unos días más tarde, nos iremos.

Jack sintió que el doctor Harding se ponía muy cerca de él. Captó el temblor de éste.

—Si todos ustedes colaboran, tendrán la palabra y el juramento de los gharjoles, lo que prefieran, de que serán puestos en libertad, sanos y salvo, en una nave de salvamento cuando la *Guardiana* tenga cerca un mundo humano —prometió Hingarh mirándolos a todos, uno por uno.

Crabbe tradujo, muy pálido, la propuesta.

—Dígale que se vaya al infierno —contestó un guardia con rapidez.

Jack Se volvió para mirarlo. Era un chico joven, quizá muy valiente o muy loco. Decidió para más tarde adjudicarle una calificación definitiva.

Observó que los demás guardias, incluido Kapra, se mordían los labios y asentían, manifestando en silencio su solidaridad con el compañero que desafiaba a los gharjoles. El doctor Buster cerró los ojos, gesto que podía interpretarse como de repulsa a la idea de colaborar con aquellos seres.

—Le diré que pueden enviarnos junto con los demás —suspiró Jack cuando comprobó que Crabbe se encogía de hombros, aceptando la decisión de la mayoría—. Al menos nos quedara el consuelo de que tarde o temprano la Superioridad envíe a la estación un crucero y lleve a cabo la aniquilación de estos devoradores de humanos, aunque me pregunto si esta venganza nos servirá de algo cuando ya nos hayan convertido en excrementos.

—Pídele un plazo para contestarle —susurró Harding muy cerca de su oído.

—¿Qué pretende, doctor Harding? —le increpó Buster, envalentonado súbitamente.

Jack pretendió entrar con la mirada dentro de la mente del anciano. ¿Acaso deseaba llegar a un entendimiento con los gharjoles? No lo concebía en un hombre mayor, muy próximo a la muerte.

—Maldita sea —escupió Harding—, yo no hablo esa jerga, pero estoy en mi derecho de que alguien me traduzca lo que quiero decir a ese monstruo ¿no? Y solo me fío de Jack Ulang para que no me engañe. Oh, no es que desconfíe de usted señor Crabbe.

—No se preocupe —dijo Crabbe—. Dadas las circunstancias es difícil que alguien pueda ofenderme.

Jack expresó en gharjol al comandante la intención de Harding de hablarle a solas, naturalmente con él como interprete.

—No hay tiempo, no quiero parlamentar con los humanos; ellos siempre nos engañaron. Ustedes digan si desean vivir a cambio de enseñarnos cómo manipular el ordenador de la *Guardiana*. Podemos dejar con vida a varios, a diez o veinte.

—Insista, Jack —pidió el doctor con ansiedad.

—Que hable ese humano viejo —acabó consintiendo el gharjol después de escuchar de nuevo a Jack.

—Quiere hacerlo fuera —recordó Jack.

—Salgan entonces. Estoy perdiendo la paciencia. Los humanos son muy complicados.

CAPITULO VIII

Olga abrió la puerta al escuchar los tres golpes y apenas pudo ahogar un grito de sorpresa al ver a Jack Ulang en el umbral. Se arrojó a sus brazos y le besó con desesperación. Al alzar sus ojos quedó paralizada y el hombre tuvo que calmarla con palabras suaves. Ella había descubierto al gharjol apostado cerca.

—Serénate, cariño —dijo él acariciándole la cara—. Comprendo que has pensado que venía a rescatarte, ¿no? Lo siento. No soy el héroe que hayas podido pensar. Ese monstruo me sigue a todas partes, y no me merienda porque tiene órdenes de su jefe de no tocarme un solo cabello.

La mujer lo arrastró al fondo del camarote, el mismo habitáculo que había compartido Jack con el doctor Harding, y que ella usaba desde la llegada a la nave de los gharjoles. Quiso cerrar la puerta y Jack se lo impidió.

—Déjala abierta. Mi ángel guardián se enfurecería si no le dejáramos compartir nuestros arrumacos. Con una embestida la derribaría sin apenas dificultad.

—¿Qué está pasando? No me he atrevido a salir de aquí desde que esas bestias irrumpieron en todos los niveles. He escuchado que de vez en cuando algún pasajero se arriesga a caminar por los pasillos y es golpeado, hasta casi matarlo, por un gharjol.

—Así están las cosas, cariño. He venido a buscarte, a llevarte a un cuarto junto al puente de mando donde nos han encerrado a varios. Al final conseguí que el comandante gharjol accediera.

La sacó del camarote y la condujo, llevándola bien agarrada por los hombros, a lo largo del pasillo. A su paso ante el centinela gharjol, Jack percibió el fuerte estremecimiento de Olga. Le susurró unas palabras al oído para darle ánimos. Ella volvía repetidas veces la cabeza, asustada por la proximidad del humanoide que caminaba detrás.

—¿Qué está pasando, Jack? Ha corrido por ahí el rumor de que estos monstruos son devoradores de carne humana. Se acostumbraron hace tiempo...

—No pienses en ello.

Olga tembló. Miró a Jack con ojos muy abiertos.

—Acabarán con todos nosotros. Eso dicen cuando se atreven a

salir al pasillo, cuando los monstruos se alejan del nivel después de hacer su ronda. Oh, Jack, ha sido horrible. Algunos están volviéndose locos.

Jack miró el suelo sucio del pasillo. Desde hacía tres días no se efectuaba limpieza alguna. Incluso vio manchas secas de orina y algún que otro excremento. El miedo debía obligar a muchos a no controlarse

Mientras caminaban por los corredores del nivel pudo escuchar pisadas que se alejaban al aproximarse ellos. Una vez llegó a ver una cara asustada que desaparecía por una esquina, y luego la carrera, que efectuó su dueño alejándose a causa de la presencia del gigantesco gharjol.

En todo el nivel se transpiraba miedo, terror.

Llegaron a la salida y las compuertas de acero se abrieron y salieron. Fuera había una pareja de gharjoles armados que procedieron a cerrar detrás de ellos.

Jack sintió que transpiraba muy fuerte. Conocía a los gharjoles y era consciente de que sus mentes resultaban inaccesibles cuando se aproximaban sus estómagos al período durante el cual debían devorar mucho alimento. Escuchó los gruñidos y alguna expresión poco favorable para los humanos. Si no hubiera contado con la protección del comandante cualquier cosa podía haber pasado allí.

—Cada nivel está aislado de los demás, y en cada acceso montan guardia varios gharjoles —explicó Jack a Olga, sintiendo la necesidad imperiosa de decir algo.

—¿Por qué puedes pasear por la nave, Jack? —inquirió Olga.

—Algunos podemos, cariño.

—Si los gharjoles os han dado ciertos privilegios debe ser a cambio de algo, ¿no?

Jack asintió y no quiso mirar ni de soslayo la expresión que intuía en la mujer. Podía ser de repulsión hacia él.

—Los gharjoles quieren que les enseñemos a manejar el ordenador de la *Guadiana*. Es diferente al de su nave, que llegó averiada a la estación Lew-Ceti.

—¿Dejarán con vida a quienes colaboren? ¿Y los demás? ¿Qué les ocurrirá a los demás?

—No lo sé —respondió Jack roncamente. Afortunadamente para él habían llegado ante la entrada del puente, cruzaron su vestíbulo y fueron introducidos directamente en el cuarto que servía de cárcel o alojamiento para el grupo reducido.

—Una mujer puede alegrar con su presencia —ironizó Kapra al verlos entrar—. Bien venida a la suite de lujo, señorita. Ulang nos dijo que vendría usted

—No veo al doctor Harding —dijo ella después de mirar a los guardias, a un hombre que le fue presentado como Crabbe por Jack y al médico de a bordo.

En seguida notó que el ambiente se hacía pesado y todos, excepto Jack, aumentaban la seriedad de sus rostros.

—No está —dijo Jack conduciéndola a un rincón donde había un asiento. Al lado, una mesa con comida y agua—. Vendré más tarde.

_Oh, sí —rió Kapra—, Mirará antes de entrar para asegurarse de que su protector esté presente.

—Jack, ¿qué quiere decir este oficial? —preguntó Olga, con un vaso de agua en la mano.

—Vamos, Ulang, dígale a su novia todo. Cuéntele lo que está haciendo el doctor Harding. En cierto modo usted es culpable de que ese viejo de mierda siga viviendo. De no haber sido porque está armado ya habría recibido su merecido Harding.

Hubo un movimiento de hostilidad entre los guardias. Impulsivamente, Jack sacó la pequeña pistola, pero no llegó a apuntar a nadie. Volvió a guardarla y se sentó junto a Olga.

Los guardias regresaron a su rincón, pero Kapra continuó en el centro de la estancia, con tos brazos en jarra y hablando con mordacidad:

—Se discutió si usted merecía conservar esa pistola, Ulang. Se votó entre todos y decidimos que la conservase, pese a que hasta ahora sólo la ha usado para proteger al viejo. Creo que todavía estamos a tiempo de rectificar. Representa un peligro para todos que siga teniendo la pistola…

—¿Ganaríamos algo entregándosela a los gharjoles? —preguntó Jack con rabia—. Está acusando a Harding y al mismo tiempo piensa hacer algo que sólo favorecerá a los gharjoles. No le entiendo, Kapra. O tal vez sí. Está tranquilo porque Harding arrostra el riesgo de ser

escupido. Interiormente se alegra de todo, ya que indirectamente goza de una situación privilegiada.

—Eso no es cierto —graznó Kapra amenazando a Jack con el puño—. Si salimos de esta situación, le juro que Harding tendrá que responder ante las autoridades de la Superioridad.

—Ojalá tenga ocasión para hacerlo —dijo Harding entrando en el cuarto.

La discusión había estado acalorada y nadie se había percibido de que la puerta estaba abierta. Antes de que se volvieran del todo para mirar al recién llegado, los gharjoles que montaban guardia se retiraron, cerrándola.

Kapra hizo un gesto de dirigirse hacia Harding Jack, desde su asiento, le gritó.

—Recuerde que todavía tengo la pistola, Kapra. No le ponga la mano encima a Harding.

—Es usted peor que él, Ulang —acusó el oficial—, ¿Qué pudo haber hecho durante la guerra para ser expulsado del EEA? ¡Bah, los oficiales de ese cuerpo armado jamás se diferenciaron mucho de los humanoides que sirvieron a la Superioridad, incluidos los gharjoles!

—¿Qué hacia usted mientras nosotros combatíamos, Kapra? —preguntó Crabbe tras una carcajada.

El rostro de Kapra enrojeció y se retiró donde permanecían los guardias. El doctor Buster entró en el pequeño cuarto de aseo. Harding se acercó a la mesa donde estaba la pareja.

Olga encontró al viejo con mala cara. No pudo seguir comiendo y tuvo que beber un trago de agua para introducir en su estómago la comida que se le había convertido en inmasticable.

Jack acercó una silla a Harding y el viejo se sentó pesadamente.

—Ese ser de pesadilla, el comandante Hingarh, está muy impaciente por abandonar la estación a bordo de la *Guardiana*. Apenas puede calmar a sus tropas. Jack, sé que son ochenta gharjoles. Ese número, ridículamente pequeño en comparación con los humanos que somos sus prisioneros, nos domina. —Hace unas horas empecé a darles la primera lección para manejar el ordenador —dijo Jack —. No son muy listos y es preciso remacharles las explicaciones. Me hubiera gustado que aprendieran pronto —concluyó mirando fijamente a los ojos del doctor.

Harding rehuyó las pupilas encendidas de Jack. Nervioso, dijo:

—No le dé más vueltas al asunto, Jack. Jamás encontrará otro medio.

—¿De qué están hablando? —preguntó Olga. El viejo agitó su temblorosa mano como quitando importancia al asunto. —De nada, preciosa.

Crabbe se acercó con la excusa de beber agua. Los demás se dieron cuenta que no tenía sed porque apenas mojó los labios. Sólo quería estar con ellos.

—Dentro de un rato vendrán a buscarme para que comience mis clases —susurró Crabbe—. Jack, ¿no te has dado cuenta de que están comprobando que ninguno de los dos pretendemos engañarles?

—Sí, claro. Nos hacen las mismas preguntas y esperan idénticas respuestas. Mañana mismo empezaré a programar su vuelo.

—Muy interesante. A mí todavía no me han dicho adonde quieren ir. Tenía entendido que su mundo fue arrasado antes de acabar la guerra.

—Sí, así es. Pero poseen los datos de otro donde han estado refugiándose muchos grupos de gharjoles.

— Podríamos prepararles una trastada —sugirió Crabbe.

Jack se envaró y escrutó con la mirada a Harding, quien se limitó a encogerse de hombros Olga lo observó todo sin comprender nada, pero intuyó que los dos hombres se traían algo entre manos.

La puerta se abrió y un gharjol emitió un sonido que con mucha fantasía podía oírse como el nombre de Crabbe.

El antiguo capitán suspiró, dejó el vaso sin tocar apenas y dijo:

—Bueno, me aguardan los encantadores escolares en la clase. Los castigaré si se portan mal.

—Yo también me marcho —dijo Harding levantándose. Estaba muy pálido.

—Creí que no seria tan pronto, doc... —empezó a decir Jack. Calló y agitó la cabeza, turbado por la fija mirada de la mujer.

—Oh, no. Todavía no —replicó el viejo restregándose las manos e intentando componer una sonrisa—. Hingarh me ha dado permiso

para que utilice el laboratorio del hospital, con constante vigilancia, claro. Volveré muy tarde.

Cuando los dos hombres se hubieron marchado y de nuevo la puerta quedó cerrada. Olga tomó las manos de Jack y le preguntó:

—¿Qué le pasa al doc? ¿Qué os ocurre a los dos?

CAPITULO IX

La habitación era lo bastante grande como para que todos dispusieran de espacio suficiente para dormir. Cada cual se preparó su lecho lo mejor que pudo. Los guardias y Kapra descansaban cerca de la entrada, Crabbe y el doctor Buster solían hacerlo próximos al lavabo y Jack dispuso un colchón en el suelo para Olga y él.

Al llegar el período de descanso, que los gharjoles respetaban, las luces disminuían controladas desde el puente de mando y todos procuraban dormir y olvidar se de cuanto les amenazaba.

Jack necesitó de mucha fuerza de voluntad para alejar de su mente el deseo de hacer el amor con Olga. Cuando sintió que ella dormía, se separó cuanto pudo de su cuerpo y decidió olvidarse que la tenía tan cerca.

Al moverse en el estrecho colchón sus oídos percibieron el roce ligerísimo de un pie descalzo. Abrió los ojos y descubrió que alguien estaba muy próximo a él. Entonces se incorporó y apenas tuvo tiempo de detener el golpe que iba dirigido a su cabeza. Lo contuvo con el antebrazo. Algo duro le hizo daño en el codo y ahogó un grito de dolor.

Se levantó totalmente y la emprendió a puñetazos, en medio de las tinieblas, contra el agresor, quien no supo reaccionar y retrocedió, ocupándose solamente de protegerse la cara.

A causa del ruido, alguien encendió las luces de emergencia y Jack pudo descubrir, bajo el tinte rojizo de las pequeñas lámparas, a uno de los guardias como el asaltante.

—¿Qué diablos significa esto? —gritó. Había dejado de golpearle al verlo tendido en el suelo, ridículo en su desnudez.

Kapra fue el primero en acercarse. No tenía el menor rastro de sueño en sus ojos. Por el contrario, Crabbe y el doctor Buster aún se los frotaban.

—No pienses que el chico ha pretendido meterse en tu cama. Jack —dijo Kapra. Se dirigió al apaleado agresor—: Te dije que lo olvidaras, Oscar.

Desde el suelo, el guardia, el más joven de todos, se restañó un poco de sangre que resbalaba por la comisura de sus labios. Dos de sus compañeros llegaron para ayudarle a levantarse.

—¿Qué pretendía? —preguntó Jack.

— Me aseguró antes que él podía quitarte la pistola, Jack —dijo Kapra—. No me pareció mala idea, pero la estimé arriesgada. Somos pocos y una disputa convertiría este grupo en algo insoportable.

—Tú debiste decirle que el láser tendrías que poseerlo…

—No se trata de discutir tu propiedad. Oscar lo quería para matar a Harding

Jack abatió los brazos, desesperado.

—¿Todavía con esa idea metida en la cabeza? ¿Por qué no dejan en paz al viejo?

—Debí decirte lo que Crabbe me contó cuando volvió antes de que apagaran las luces —rezongó Kapra.

—¿Que es? —preguntó Jack dirigiéndose a su antiguo compañero de armas.

Crabbe ahogó un bostezo.

—Los gharjoles son seres rudimentarios, que desconocen la intriga y las mentiras que usamos los humanos tan a menudo entre nosotros mismos, Jack. Cuando instruía a Hingarh y a media docena de esas bestias en el manejo del ordenador, ellos comentaban el nuevo servicio que el viejo Harding comenzó a prestarles esta tarde.

Jack intentó regresar al lecho, en donde le esperaba Olga, sentada y con expresión incrédula.

—No es el momento de hablar. Debemos descansar. Mañana nos espera una jornada muy dura.

—¡Un momento, Jack! —gritó Kapra—. Yo mismo pedí a Crabbe que no te lo dijera por el momento. Pero veo que sigues estando de parte de ese viejo sanguinario. Termina, Crabbe.

El aludido se humedeció los labios y siguió callado.

—Yo te lo diré, Jack —intervino Buster—. Harding, según escuchó Crabbe decir a los gharjoles, se ofreció hace dos días a nuestros carceleros a confeccionar una lista de sus víctimas. Es decir, lo que irán a parar dentro de sus estómagos salvajes hoy mismo o mañana, como mucho.

—Crabbe ha debido interpretar mal a los gharjoles —respondió Jack—. Su lengua es difícil y… Bueno, han debido decir otra cosa.

—No, Jack —dijo Crabbe—, Me aseguré bien de lo que decían. Harding ha enumerado a todos los humanos a bordo. Los primeros en la lista serán el alimento de los gharjoles y les calmará su repentino apetito. Ha debido ocurrir hoy o será mañana, como asegura Buster. Naturalmente, nosotros estamos los últimos.

Olga se incorporó de la cama, se puso junto a Jack y dijo con voz que expresaba el horror que sentía:

—¿Qué puede ganar Harding haciendo esto?

—Eso es lo que nos gustaría saber —gruñó Kapra—.

Si tuviera muchos enemigos a bordo podría decirse que así está vengándose de ellos, mandándolos a la cazuela los primeros. Harding debe haberse vuelto loco, no cabe duda. Por eso Oscar quiere matarlo apenas aparezca por esa puerta.

—Tal vez no vuelva con nosotros —sugirió Crabbe—. Se pasa casi todo el día en el laboratorio y yendo de un lado para otro, siempre con un gharjol pisándole los talones.

—¿Apuntando en su lista de mierda a los humanos que desfilarán por la mesa de los gharjoles convertidos en viandas? —preguntó temblorosamente un guardia.

—Sugiero que sigamos durmiendo —dijo Jack. Señaló a los guardias—. Os advierto que tengo el sueño muy ligero. Tendré muy cerca la pistola y la dispararé contra el primero que intente quitármela o agredirme.

Crabbe se dirigió al interruptor y dijo antes de apagar la luz roja:

—Es una opinión sensata Dentro de poco vendrán a buscamos, a Jack y a mi. Debemos estar despejados si no queremos caer en contracciones que les hagan entrar en sospechas.

Otra vez en completo silencio en la estancia y sumidos en la oscuridad. Jack sintió el cuerpo de Olga cerca del suyo A tientas sacó la pequeña pistola y la mantuvo a su alcance.

—¿Crees que es cierto lo que escuchó Crabbe? —le preguntó Olga en su susurro.

—¿Qué mas da quienes sean los primeros en ser sacrificados?

—Jack…

—Entiéndelo, Olga. El apetito de los gharjoles se está despertando. Se saciaron con los hombres que encontraron en la estación y ahora el hambre vuelve a corroerles las entrañas.

— ¡Pero es horrible…!

—Calla. Duerme. Déjame ahora.

Jack se volvió dándole la espalda. Al cabo de un instante creyó escuchar un sollozo difícilmente ahogado.

No pudo dormir. Horas más tarde se encendieron las luces. Todos tenían profundas ojeras. En el cuarto no llegó el descanso para nadie aquella noche.

* * *

Dos días más tarde, un gharjol acudió para reclamar la presencia de Jack y Crabbe ante el comandante. Ulang regresó hasta su rincón, allí dio un beso a Olga que no fue correspondido con entusiasmo, aunque él le sonrió y dijo:

—Ten confianza, cariño. No vayas a defraudarme ahora.

El gharjol le apremió para que se diese prisa.

Jack hundió la mano debajo del colchón enrollado y tomó la pistola, que deslizó dentro de un bolsillo. Por el pasillo, seguidos de su vigilante, Crabbe le preguntó en voz baja, procurando no mover mucho los labios:

—¿No te arriesgas mucho con la pistola encima? ¿O es que no te fías dejándola con Olga?

—Cállate. Observa de reojo a esa bestia que nos sigue.

Crabbe, sorprendido por la respuesta, se rezagó de Jack y volvió un poco la cabeza. El gharjol que les vigilaba, arma en ristre, caminaba torpemente y el color de su piel, habitualmente parda, poseída ahora un tono más oscuro.

—¿Qué le pasa? —inquirió Crabbe caminando otra vez a la altura de Jack.

—No dejes de echar un vistazo a todos los gharjoles que veamos. Si notas que poseen el aspecto de nuestro amigo, dímelo.

—Deberías explicarme…

—Vamos a tener nuestra oportunidad, Crabbe.

—¿Para qué?

—Condenación, ¿para qué va a ser? Para escapar. Hoy será el día.

—¿No eres muy desconfiado conmigo?

—Está bien. Voy a decirte algo. Ayer, cuando trabajé en el ordenador creo que por última vez, aproveché un momento de descuido para programar una placa de vuelo.

—¿Con qué intención? Ya lo hicimos antes, los dos juntos. Hingarh posee el programa. Sólo tiene que insertar la placa para que la *Guardiana* les lleve a ese planeta que quieren convertir en su hogar, desde donde poder volar a las colonias humanas para proveerse de alimentos. ¿No estás de acuerdo conmigo que mañana mismo abandonaremos la estación?

—Sí, claro. Pero esa placa que programé se la entregué al doctor Harding, quien me prometió que él la insertaría en el ordenador de forma que los gharjoles no podrían encontrarla ni en mil años.

Estaban entrando en el puente y Jack observó que su compañero temblaba ligeramente. ¿Acaso adivinaba el resto?

—¿Esa placa…? —empezó a insinuar.

—Sí, es lo que piensas. La *Guardiana* no llevará a los gharjoles a su planeta elegido, sino a un sol, directamente.

—Nosotros…

—Nosotros les acompañaremos, por supuesto. ¿Acaso les creíste cuando nos prometieron que nos dejarían libres?

—Sinceramente, no.

—En estos momentos, el nuevo programa esta insertado y sólo Harding conoce el código para desbloquearlo. El final del trayecto no será muy lejano. Hay un sol muy próximo, a unos tres mil millones de kilómetros, unas pocas horas de viaje hiperespacial y…

—Algo más te queda por decirme, ¿no?

—Sí. Podemos evitar que la *Guardiana* salga del hangar. Si lo hace no dispondríamos de mucho tiempo para alterar su trayectoria.

Crabbe, los gharjoles, después de estos dos días, no están en condiciones de pensar mucho ni de ofrecer resistencia si les atacamos.

—¿Sólo con una pistola de carga reducida? No me hagas reír.

—Será suficiente al principio. El resto funcionará si logramos abrir los niveles donde está encerrado el pasaje.

—Oh, tú has estado tramando algo. —Iban a franquear el umbral para entrar en el puente. Allí se movían algunos gharjoles, con su aspecto pesado. Junto a una consola, Harding parecía estar muy ocupado revisando unos datos—. Ahí tienes al viejo. Si sigues siendo su amigo deberías matarlo.

—¿Por qué?

—Le harías el favor de evitarle una muerte por linchamiento. Si triunfamos, la gente lo despedazará apenas se entere de que él ya ha enviado a la muerte a un par de docenas de humanos.

—¿No te he dicho que Harding se ha arriesgado a ser sorprendido por los gharjoles insertando la plaza que yo fabriqué?

—Silencio ahora. Hingarh viene a nuestro encuentro.

El gigantesco ser se bamboleó al caminar hacia ellos.

Su resto de armadura de combate chirrió metálicamente.

Evidentemente tiene un aspecto mas horrible, lo cuál es difícil —sonrió Crabbe, sin importarle que el gharjol pudiera oírle.

—No hablen en su lengua —gruñó el comandante. Se apoyó sobre un panel de mandos y jadeó. El tono de su rostro era casi negro—. Vamos a marcharnos ahora mismo. Ya.

Jack sintió un estremecimiento y Crabbe tartamudeó al pretender disculparse en lengua gharjol. Harding se había vuelto al oírles y envió a ambos una señal que al parecer sólo entendió Ulang.

Hingarh les ordenó que controlasen a los navegantes gharjoles, añadiendo:

—No quiero fallos. Cuando estén seguros que todas las esclusas de esta nave sean cerradas, deberán decírmelo y yo daré la orden de partir. Quiero que sea lo antes posible, una hora lo más tarde a partir de ahora.

—Pensé que sería mañana, comandante —dijo Jack—. ¿Por qué

tanta prisa?

—Es asunto mío.

Se alejó dando trompicones. Hingarh tropezó con uno de sus congéneres y lo golpeó. El otro gharjol se retiró encorvado. Jack pensó que había en la actitud del guerrero un sentimiento de respeto hacia su jefe. Deseó fervientemente que fuera a causa de lo que confiaba que en aquellos momentos estuviera minando la salud de los gharjoles.

Harding rodeó un bloque de controles y corrió al encuentro de los dos hombres.

—¿Ya sabéis que ese monstruo quiere partir en seguida? —apenas vio los asentimientos de cabeza de Jack y Crabbe, añadiendo—: Debemos actuar ahora mismo. Si el plan sale mal dejaré la placa insertada en el ordenador, Jack.

—Ojalá tengas ocasión de quitarla. Harding —sonrió Jack.

—¿Qué plan es ése? —preguntó Crabbe—. ¿Es que nunca vais a contarme nada?

Harding elevó su cabeza hasta los ojos de Crabbe.

—¿No has notado que todos los gharjoles están enfermos? Bueno, me temo que varios que ahora vigilan los niveles, todavía no experimentan cansancio y fiebre alta. El período de hambre no se despertó en todos ellos al mismo tiempo y con igual intensidad.

La voz poderosa del comandante impidió a Harding seguir hablando. El viejo ya conocía algunas palabras de la lengua humanoide y podía entenderse algo con Hingarh. Se alejó de los dos antiguos oficiales de la Superioridad, arrastrando las piernas que parecían pesarle demasiado.

—¿Están enfermos los gharjoles? —preguntó Crabbe a Jack mientras simulaban ocuparse de corregir el cierre de las compuertas del carguero.

—Sí. Se contagiaron hace dos días. La carne que engulleron no estaba en buenas condiciones —respondió lúgubremente Jack.

Las manos de Crabbe temblaron notablemente sobre los mandos.

—Los enfermos del nivel diez... —dijo roncamente—, Me hablaste de ellos el primer día que entré a reunirme con vosotros. Dijiste...

—Dije que esos desgraciados morirían sin remedio. No podían recibir los cuidados de los médicos de la estación. Harding confirmó mis temores. ¡Pronosticó que iban a fallecer todos al día siguiente.

—Eso debió ocurrir hace tres días. Por lo tanto...

—Así es. Por lo tanto, Harding se limitó a proporcionar la primera comida a los gharjoles eligiendo a los que acababan de morir a causa de la enfermedad que contrajeron antes de embarcar en Beta-Cástor.

—¿Acaso los gharjoles no se dieron cuenta de que ya estaban muertos? Ellos prefieren la carne..., bueno, los alimentos todavía palpitantes.

—Harding les aconsejó que al principio debían evitar el pánico entre los demás humanos, que no se oyeran los gritos. Se ofreció a inyectar un sedante a las víctimas primeras de su lista. En lugar de una droga, Harding usó en los cadáveres un suero que les devolvía el calor y el fluido sanguíneo por unas horas, las suficientes para mantener el engaño.

—¿Por qué no se dijo la verdad a los demás? El viejo hubiera evitado que alguien intentara matarlo...

—Sólo confió en mí.

—Quieres decir que no confió en mí. Soy el único, además de ti, que habla fluidamente gharjol. Es horrible que yo pudiera delatarle con tal de salvar la vida.

—El plan era muy arriesgado para ponerlo a prueba haciendo partícipe a más gente. Ni siquiera Olga sabe la verdad. Ahora dejemos esto y vamos a empezar.

—Harding teme que algunos gharjoles no estén muy afectados.

Jack buscó al viejo en el puente. No lo vio, ni tampoco al comandante. Se movió inquieto. Fue escrutando a cada uno de los monstruos. Todos parecían muy débiles, entorpecidos sus reflejos. Sólo tos centinelas de la puerta estaban armados con rifles de láser.

—Ellos deben ser los primeros, Crabbe. Apenas los mates debes tomar sus armas y ayudarme a limpiar de basura el puente.

Jack caminó hacia la entrada con la mano derecha metida en el bolsillo. Ante su proximidad, tos centinelas intentaron enderezar sus posturas encorvadas. Uno de ellos agitó con mucho esfuerzo su rifle y

gruñó:

—Vuelve a tu trabajo, humano. El comandante no quiere que salgas del puente. Vuelve a...

Ulang sacó la pistola y la disparó dos veces contra los centinelas. Lo hizo con la satisfacción de quien aplasta un insecto venenoso. Un gharjol cayó hacia atrás sin cabeza y el otro perdió el brazo derecho antes que la vida. Crabbe se precipitó sobre los muertos y tomó el primer rifle que encontró.

Los restantes humanoides del puente se encontraban tan torpes debido a la enfermedad que les atormentaba que apenas se percataron de lo ocurrido junto a la salida, ni tampoco que Jack y Crabbe se acercaron para matarlos a todos, uno por uno.

—¿Ahora? —preguntó Crabbe, extrañado ante la facilidad de todo.

—En los niveles dos y cinco, los más próximos al puente, nos esperan grupos de pasajeros y navegantes. Ante nuestra señal saltarán fuera y arrollaran a cuantos gharjoles encuentren. Nos sobra un rifle y se lo entregaremos al más decidido. Los demás deberán procurarse sus armas. Mientras tanto usarán cuchillos y barras de acero. Estos dos últimos días han estado almacenándolas.

Salieron del puente. Por el pasillo se encontraron con varios gharjoles tambaleantes. Iban armados. Algunas descargas fueron suficientes para despacharlos al otro mundo. Recogieron los rifles y tomaron un ascensor para bajar al siguiente nivel. Antes de salir de la cabina, Jack advirtió a Crabbe:

—Es posible que ahora no resulte tan fácil sorprenderlos.

—Lo sé —dijo Crabbe, quien al igual que su compañero sentía el peso de las armas sobre sus espalda. No les daré tiempo a que me pregunten nada.

Jack salió del ascensor y saludó a Crabbe, quien siguió bajando para dirigirse al siguiente nivel. A solas, Ulang se preguntó si no hubiera sido mejor no separarse. Pero el tiempo les apremiaba y debían liberar a los hombres, quien sin ayuda no podrían limpiar de gharjoles toda la nave.

Los centinelas del nivel descubrieron a Jack antes de que éste los viera. Uno de los tres no parecía muy afectado por la enfermedad y le disparó cuando todavía le preguntaba qué hacía allí.

La descarga de muerte pasó muy cerca de Jack y le privó por unos segundos de cualquier coordinación mental. Los rifles que llevaba cayeron de su espalda. Con las rodillas en el suelo intentó despejar de sus ojos el velo oscuro que había descendido delante de él como una espesa cortina. Necesitaba ver qué hacían sus enemigos.

Consiguió aclarar la visión justo a tiempo para descubrir dispararle de nuevo, ahora a bocajarro.

Jack apretó los dientes hasta sentirlos rechinar y pulsó el gatillo. Su rifle tembló y el haz fue prolongado, describiendo un trazo oscilante a lo largo del cuerpo del humanoide. El resultado fue una división sangrienta de su cuerpo, dos trozos irregulares que se doblaron en varias partes y cayeron formando un montón delante de Ulang.

Los otros dos gharjoles gimotearon desde la entrada del nivel. Ninguno parecía lo bastante fuerte para usar su rifle. Jack mató a ambos, pasó sobre ellos y abrió la puerta del nivel.

Un montón de rostros expectantes le aguardaba. Arrojó a los pies de la recelosa multitud varios rifles y dijo:

—No quedaros ahí, malditos. Dispersaros por toda la nave y no vaciléis en matar a ningún gharjol, por muy mal que lo encontréis.

Era una advertencia que estaba de más, pensó Jack cuando vio pasar delante de él a decenas de hombres, y algunas mujeres después que tos más decididos se hicieran cargo de los rifles. Podía estar seguro de que los gharjoles no iban a recibir cuartel.

CAPITULO X

Como un huracán de furia incontenible, los humanos se desperdigaron por toda la nave y arrollaron a su paso a los gharjoles que encontraron. Pocos de los humanoides ofrecieron resistencia, pero quienes lo hicieron causaron algunas bajas que todavía enfurecieron más a los que llevaban sin conciliar el sueño varios días, pensando en su destino fatal de acabar engullidos por los monstruos.

Los que iban armados y en cabeza de la marea vengadora se limitaban a disparar, matando o hiriendo a sus enemigos, que eran rematados y despedazados a veces por los que llegaban detrás.

Jack intentó organizados, pero desechó la idea pronto. Comprendió que el deseo de matar, engendrado por él mismo durante sus visitas a los niveles, era demasiado profundo. Aquella gente ansiosa de sangre impura, como eran denominados los humanoides de la escala más baja, resultaba incontenible. Su miedo había sido desterrado y una ansia feroz de desquitarse la convertía en un ariete que a veces resultaba suicida, debido a sus ataques frontales.

Ulang buscó en el siguiente nivel a Crabbe. Detuvo a un hombre con las manos manchadas de sangre que le chorreaba de la barra de acero que empuñaba con dedos crispados. Le preguntó:

—¿Dónde está el otro hombre que os liberó?

El pasajero le miró sin comprender. Jack pensó que su pregunta resultaba incoherente para aquel tipo. No conocía a Crabbe y también podía proceder de un nivel liberador por otros pasajeros.

Lo dejó marchar en pos de un grupo de mujeres ululantes, todas armadas de cuchillos.

Siguió avanzando por los corredores, encontrándose con restos diseminados de gharjoles, y también algún que otro humano abierto en canal por una descarga de láser.

El suelo estaba cubierto por una pegajosa alfombra de sangre.

Entró en el nivel del puente y se sorprendió al hallarlo desierto. Por allí parecía no haber pasado el rodillo destructor de gharjoles; pero más adelante encontró a tres cuerpos de monstruos. Al no estar mutilados pensó que él había sido su ejecutor, pero recordó que no había pasado por allí.

Al doblar un recodo casi se dio de bruces con Crabbe.

—Hola, compañero —saludó Crabbe quedamente.

Estaba sostenida en el suelo y sostenía un rifle con escasas señales de poderlo disparar. Crabbe estaba cubierto de rojo desde el hombro derecho hasta la cintura.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Jack inclinándose sobre él para encontrar la herida.

—Me descuidé una sola vez y no me lo perdonaron. Regresaba al puente después de dejar una carnicería en mi nivel y... Oh, maldita sea, esto duele demasiado.

Jack examinó la herida y arrugó el ceño.

—Te han hecho un buen agujero en el hombro. Te lo taponaré lo mejor que pueda. Debes aguantar. Esas armas de los gharjoles no cauterizan. La Superioridad les daba mal material, sin duda.

—Déjalo, Jack. Ahora corre al puente.

—Tú estás en mi lista desde este momento —sonrió Jack. Rompió un trozo de camisa y taponó la herida. Le producía mala impresión. No dejaba de manar sangre. Si alguien no curaba pronto a Crabbe acabaña sin una gota en las venas.

—Intenté detener a dos gharjoles que conducían a Harding al puente. Uno de ellos era el comandante y no cesaba de repetir...

La mano de Jack pretendía cubrir la herida de Crabbe con un trozo de tela y se quedó allí mientras una vibración violenta sacudía la nave. Jack reconoció, gracias al rugido que la siguió, lo que sucedía.

—Por lo que más quieras, Jack. ¡Corre al puente! —gritó Crabbe.

—Compañero, la *Guardiana* está saliendo del hangar de la estación —musitó Jack.

—Es lo que quería decirte. Y la plaza con destino a una estrella está insertada en el ordenador. Si no detienes el proceso antes de alcanzar el hiperespacio...

La cabeza de Crabbe cayó a un lado. Jack, muy a pesar suyo, se levantó. Tenía algo muy urgente que hacer y sabía que conocer si Crabbe estaba muerto o no le restaría fuerzas. Asió el rifle y corrió hacia la puerta del puente.

Casi se golpeó con ella, tan violenta era su carrera y tan ofuscado se hallaba. La habían cerrado desde dentro y sabía que ni cien rifles de láser podían echarla abajo.

Pero recordó la indicación que el día antes le hiciera el doctor Harding. Existía un tubo de ventilación cerca. Se estaba reparando cuando la *Guardiana* llegó a la estación y los gharjoles no le dieron ninguna importancia a que estuviera sin protección de alguna clase, tal vez porque midieron su diámetro y llegaron a la conclusión de que nadie podía meterse por allí... excepto un humano.

Jack encontró el tubo, saltó sobre las cajas de herramientas y se introdujo en él, arrastrándose por el suelo liso y sucio, tirando el rifle por el cañón. Otra vibración le anunció que la nave aceleraba sin cesar. No quedaba mucho tiempo para que entrase en el hiperespacio.

Llegó hasta una salida del aire, pero demasiado pequeña para que él pasara. Pero vio a través de la rejilla el puente, al comandante Hingarh y otro gharjol inclinados sobre el panel principal de mandos. El viejo doctor estaba lejos de los humanoides y también lejos del ordenador. Para llegar hasta él debía apartar a los monstruos.

Desesperado, Jack continuó reptando. Tenía que encontrar otra salida al puente, pero ignoraba cuánto tiempo perdería por los tubos. Los minutos fueron pasando con fulgurante rapidez para Jack. Contó hasta tres vibraciones más. Quizá con la cuarta la nave acabaría entrando en el hiperespacio y su rumbo no podría ser ya cambiado.

Al fin localizó una salida lo bastante amplia para él.

De un puntapié arrancó la rejilla y saltó.

El ruido que produjo hizo que se volvieran los dos gharjoles. Hingarh buscó su pistola, mientras que el otro tosía y escupía sangre. La enfermedad o algún disparo estaba acabando con él.

Jack apuntó a Hingarh y le gritó:

—¡Quítate de ahí, mala bestia!

El comandante siguió sacando con enorme lentitud su pistola. Su boca de animal pretendió esbozar una sonrisa.

—Ah, el humano llamado Ulang. Sé que vamos a terminar en una estrella. Ese viejo me lo dijo creyendo que iba a dejarle sacar la placa falsa que puso en lugar de la que debía llevarnos a nuestro hogar elegido.

Jack se volvió para mirar a Harding. Ahora el viejo no tenía la misma postura como antes le viera. Se ha liaba de bruces en el suelo y estaba tan inmóvil que lo considero muerto.

—No sé dónde está la placa ni cómo extraerla, aunque lo supiera —bramó el gharjol—. El humano viejo me confesó que es el único que puede impedirlo, que conoce las coordenadas. Pensó que yo me asustaría y le dejaría hacer. ¡No! Yo moriré como mis soldados, pero todos vosotros, humanos, moriréis conmigo…

Jack disparó, incapaz de soportar por más tiempo la burla del comandante.

Hingarh se derrumbó pesadamente, fulminado.

Entonces Jack se preguntó qué podía hacer. Con rabia arrojó el rifle al suelo y miró con desesperación el ordenador. Ni siquiera destruyéndolo, conviniendo en pedazos lo que podía ver, libraría a la *Guardiana* de su destino fatal. Toda la nave seguiría obedeciendo las instrucciones recibidas y acabaría fundiéndose al llegar al sol a velocidad superlumínica. La misma masa ígnea de la estrella la sacaría un breve instante del hiperespacio para materializarla y engullirla.

Caminó hasta el viejo y se inclinó despacio. Con suavidad le dio la vuelta Los ojos de Harding se abrieron unos segundos y sus labios temblaron al musitar unas palabras.

—Lo siento, viejo; te mataron mientras yo andaba por los tubos.

Harding repitió la frase, ahora un poco más audible. Luego cerró los ojos para siempre.

Jack pegó un brinco, como si una descarga eléctrica le hubiese galvanizado. Corrió hasta el ordenador y tabuló las coordenadas que Harding había podido transmitirle en el último instante de su agonía.

Terminó cuando la nave estaba sufriendo su estertor.

* * *

Un pasajero que conservaba la serenidad bastante más que el resto, le ayudó a transportar el cuerpo.

Jack liberó a sus compañeros de celda, pero no dejó salir a nadie. Depositó al herido sobre la misma cama que habían usado Olga y él, se volvió y dijo a Buster:

—Doctor, cure a este hombre.

Antes de inclinarse sobre Crabbe, Buster preguntó:

—¿Qué ha pasado?

—Demasiadas cosas. Doc, cúrelo. Las explicaciones vendrán luego. A Crabbe le queda poca sangre en las venas.

Kapra inquirió:

—¿Estamos...?

—Sí, estamos libres —asintió Jack—. Navegamos dando vueltas con bajo impulso.

Recibió a Olga en sus brazos y dijo a Kapra y a los demás guardias:

—Deben salir de aquí y calmar a la gente.

Kapra asintió y se marchó en silencio.

Cuando Buster se levantó al cabo de un rato y anunció que Crabbe tenía muchas posibilidades de sobrevivir, Jack le dijo:

—El ordenador está esperando recibir las coordenadas para llevar esta nave a Walkar, capitán.

Tomó a Olga de una mano y salió del cuarto. Hasta ellos llegaron los gritos de la multitud todavía no serenada por la intervención de los guardias de seguridad.

Lo primero que hizo Jack fue exigir la presencia de dos hombres y una camilla para sacar el cuerpo del doctor Harding del puente.

FIN

SENSACIONAL DESCUBRIMIENTO CIENTIFICO.

EL CABELLO VUELVE A BROTAR DE NUEVO.

LA CALVICIE SUPERADA.

EXITO ALCANZADO POR El DOCTOR ROBERT MARHSALL, RENOMBRADO BIOLOGO E INVESTIGADOR DEJAMA INTERNACIONAL.



Rueda de prensa celebrada por el Doctor Robert Marhsall

En la última rueda de prensa convocada por el el prestigioso Doctor Robert Marhsall, a preguntas de los informadores el ilustre Biólogo manifestó textualmente lo siguiente

"De los los experimentos realizados con BIOTIN SOLUTION me siento muy satisfecho por los éxitos obtenidos. El principal objetivo consistía en reactivar y fortalecer el crecimiento del cabello existente, Pero hemos quedado verdaderamente asombrados ya que además de lograr su propósito observamos maravillados que con BIOTIN SOLUTION el pelo volvía a crecer de nuevo."

"Comenzamos los experimentos con veintiocho mujeres, cuyos cabellos faltos de densidad raleaban como consecuencia be aumentos de secreción de la grasa sebácea y progresiva atrofia de los bulbos capilares, así como también con veintidós hombres con problemas de calvicie motivados a las concentraciones de testosterona acumuladas bajo el cuero cabelludo"

"Sus edades oscilaban entre los 28 y 64 años, aunque representaban bastante más de las que tenían "

"Empezaron muy desconfiados por haber aplicado otros tratamientos en los que les ofrecieron muchas garantías y resultaron un fracaso "

"Durante los primeros quince días ya apreciamos progresos muy satisfactorios, observando que el pelo existente había dejado de caer e iba adquiriendo consistencia y robustez "

"Antes de haber transcurrido dos meses logramos estimular la circulación de la sangre en el cuero cabelludo latente dando nueva vida a los bulbos capilares, dejando eliminadas las principales causas que impedían el crecimiento del cabello y contemplamos maravillados que el pelo comenzaba a brotar de nuevo "

(Continúa en la página siguiente)



Antes del tratamiento Durante el tratamiento Despues del tratamiento

"En el tercer mes fue adquiriendo más cuerpo, vigor y volumen, alcanzando al final esa exuberante cabellera tupida, sedosa y larga por toda persona deseada "

"Como garantía les presento unas fotografías auténticas del proceso de recuperación del cabello mediante tratamiento con BIOTIN SOLUTION que se conservan en los archivos de los laboratorios "

"Y por ultimo les diré que BIOTIN SOLUTION es un complejo vitamínico para usar corno masaje del cuero cabelludo, utilizado por sus sorprendentes efectos solamente en centros exclusivos de alta especialización, pero ahora le hemos lanzado directamente al mercado prescindiendo de intermediarios y abaratadnos su precio pata que se pueda seguir el tratamiento en el mismo domicilio, ya que es excepcionalmente eficaz en hombres y mujeres a cualquier edad "

Aquí finalizan las manifestaciones del prestigioso e ilustre Doctor Robert Marhsall sobre el descubrimiento de BIOTIN SOLUTION, maravilloso producto que vigoriza las raíces de los cabellos y estimulando activamente su multiplicación.

Si usted también tiene algún problema de cabello utilice BIOTIN SOLUTION que será su única solución.

BIOTIN SOLUTION es una linda forma garantizada de rejuvenecer y de realzar la belleza.

Aplique usted BIOTIN SOLUTION en su casa y conseguirá esa tupida, voluminosa y superabundante cabellera imprescindible para completar su elegancia.

!NO LO DUDE! Haga usted HOY MISMO su pedido enviando a Marcas Extranjeras. Apartado de Correos Nº 536, Santander, su dirección completa escrita con letra muy clara en sobre cerrado y debidamente franqueado, sin necesidad de recortar y acompañar el boletín de pedido.

Ventas para España: Exclusivamente por correo contra reembolso. Precio de cada frasco 1.975 pesetas Gastos de embalaje y envío certificado 225 pesetas

Para el extranjero escriban antes consultando importes.

BOLETIN DE PEDIDO

Marcas Extranjeras, Apartado de Correas nO 536. Santander (España)

Nombre

Apellidos

Calle Nº Piso

Población D. Postal

Provincia

PUNTO ROJO

intriga...

ROJO

PUNTO ROJO

misterio...

ROJO

suspense...

ROJO

acción...

ROJO



EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.

PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España